LOS SENTENCIADOS

Peter Kapra



PETER KAPRA

LOS SENTENCIADOS

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51—53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B — 9968 — 1967

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 — Barcelona

No todos los mundos son iguales.

En «Aera», donde los seres vivían en una primitiva comunidad y moraban en viviendas construidas con grandes piedras planas, existía siempre la luz. No conocían el fuego ni la noche y se alimentaban en el «manantial de la vida», como significaba el vocablo «Imo», que se pronunciaba con unción entre los «aeraes».

Un singular mundo aquél, y una tribu de cinco o seis mil seres que vivían en constante primavera y se cubrían, y no por pudor, con unas hojas grandes, como de palma, que cada uno arreglaba a su manera.

Allí no existían grandes sueños. El mundo de aquellos seres empezaba y terminaba allí, siempre bajo la luz doble de «Ato» y «Ota», los dos soles—dioses, origen y fin de la vida de «Aera».

Los miembros de aquella comunidad pertenecían al tipo androide, o sea, que eran semejantes al hombre. Caminaban sobre dos piernas, tenían un tronco y dos brazos, cabeza, ojos, boca, oídos...

Eran como una estampa del «sinantropo», y de una estatura regular, que iba, en los adultos, entre el metro setenta y el metro ochenta.

Utilizaban un torpe lenguaje que los padres enseñaban a los hijos, significando las necesidades físicas, las apetencias, las cosas y los elementos, aunque desconocían muchísimas más. Eran simples, sencillos, buenos y no conocían la mentira ni la maldad.

Su origen lo desconocían y nadie se preguntaba qué estaban haciendo en aquel mundo. Sencillamente, vivían y morían. De vez en cuando, sufrían enfermedades o epidemias, que ellos aceptaban con resignación, porque procedían del manantial de la vida, e «Imo», que les daba la existencia, podía quitársela.

Jamás protestaba nadie. Jamás se quejaban de su suerte, ni achacaban al destino sus infortunios. Lo aceptaban todo con la resignación de un santo, porque en su sencillez y humildad, ninguno se creía con derecho a juzgar o criticar los actos de los poderosos dioses de la luz.

Sin embargo, la vida de aquella comunidad primitiva, pronto iba a sufrir una transformación increíble. En primer lugar, porque aquel mundo estaba ya siendo estudiado por la curiosidad del Conquistador, esa insaciable curiosidad, mezclada de egoísmo y

altruismo, que había llevado al hombre, desde su remoto mundo, la Tierra, efímera, complicada y azul, hasta los confines del cosmos.

Y, en segundo lugar, ya hablando en lenguaje terrestre, porque el destino había decretado el exterminio de aquellos seres, olvidados en su mundo sin esperanza.

El progreso había de llegar hasta ellos. La ciencia, fría y mecanizada, había de viviseccionar, estudiar y analizar todo cuanto tenía a su alrededor.

Pero esto los «aeraes» no lo sabían, naturalmente. Ni siquiera podían sospechar la existencia de seres semejantes a ellos poblando los mundos que existían fuera de su enorme halo de luz, por lo que desconocían las estrellas e ignoraban que formaban parte del concierto maravilloso del Universo.

* * *

Kenor era un joven en edad de buscar mujer. La llamada de la vida vibraba en él. Sus ojos, inquietos siempre, miraban a sus compañeras, como estudiándolas, a la espera de sentir despertarse en él el deseo natural del sexo.

Su padre le había explicado, con su torpeza habitual:

—Encontré a tu madre en la «ibora» más lejana... Allí donde los jóvenes no quieren ir, porque están apartados de «Imo»... Ella me aceptó, agradeciéndome el esfuerzo hecho por mí para ir a buscarla... ¿Sabes por qué vivían tan lejos?

—No me lo has dicho nunca, padre — contestó Kenor.

Estaban tendidos sobre la losa que servía de techo a su morada. Era «Ato» el que les alumbraba, y sus rayos eran benignos. De haber estado «Ota» en el cielo, el de los rayos más ardientes, habría sido preciso permanecer bajo los techos.

—El padre de tu madre había estado enfermo. Fue una época en que «Imo» estaba enojado con nosotros y nos envió un líquido áspero, a consecuencias del cual enfermó y murió mucha gente.

El miedo a la inmovilidad perpetua les hizo alejarse. No querían beber en el «manantial de la vida» porque habían encontrado raíces y semillas que parecían ser de alimento.

»Me dijo tu abuelo que él se salvó comiendo aquellas semillas, encontradas en el lindero de la Gran Selva. Allí estuvieron viviendo

mucho tiempo, hasta que volvieron a orillas de «Imo», cuyo enojo se había aplacado y continuaba regando las márgenes de nuestro pueblo.

»Pero ellos se habían acostumbrado ya a las raíces, y les gustaba la casa que levantaron en aquel apartado lugar. ¿Sabes qué idearon, para seguir viviendo allí, tan lejos?

—¿Qué? — preguntó Kenor.

—Un recipiente.

—¿Un recipiente? ¿Y qué es eso?

El padre de Kenor hizo un cuenco con las manos juntas, mostrándoselo a su hijo.

—Esto. Pero no con las manos, sino de piedra.

—¿De piedra? ¿Y para qué lo hicieron servir?

—Venían cuando estaba «Ato» y se llevaban el líquido que «Imo» nos envía del centro de «Aera».

—¿Y lo bebían allá?

—Eso mismo.

—Era listo el padre de mi madre. ¿Todavía vive?

—No. Se fue hace tiempo, cuando los monstruos salieron de la Gran Selva y nos atacaron.

—Ya me lo has contado, padre. Debió ser espantoso.

—Sí, muy espantoso.

El lenguaje que empleaban padre e hijo en su diálogo estaba compuesto de sonidos primitivos, moviendo los labios y chasqueando la lengua, para diferenciar las palabras unas de otras.

—¿Y crees que yo también debo ir lejos para encontrar a una compañera que me dé un hijo?

—No, Kenor — El hombre de edad extendió la mano, en semicírculo —. En esas «iboras» que ves en derredor, hay mujeres que pueden encender con fuego tu deseo.

—He visto muchas, pero ninguna me atrae.

—¿Hace mucho que no has cruzado a «Imo»? Dicen que las mujeres del otro lado dan hijos más sanos y fuertes que los de las mujeres de aquí.

—Hace mucho tiempo que no he ido por allí. Las corrientes son peligrosas e «Imo» baja fuerte, empujando mucho en el centro. Por encontrar saber distinto, algunos han muerto en el centro de «Imo».

—Sí, uno debe ser prudente. Y ya no eres tan ágil como cuando

eras niño.

Padre e hijo guardaron silencio.

Estaban mirando hacia las grandes piedras derruidas por el furor de «Aera», cuando, muchos «atos» y «otas» atrás, el suelo empezó a temblar, con gran estruendo, y se desplomaron los »menhires» y «dólmenes» que los «aeraes» habían levantado con enorme esfuerzo.

Allí, bajo aquellas piedras, habían perecido muchos seres aplastados, cuyos esqueletos sacaban y echaban al «Imo», para calmar su enojo, cuando las nuevas parejas se unían para formar una nueva familia.

—¿Te gustaría vivir por aquí cerca, Kenor?

—Sí, padre. Yo siento que habré de necesitar tu consejo hasta que nazca mi hijo.

—Puedes tener una hija.

—Entonces no te necesitaré, padre.

Un nuevo silencio. Parecía como si los dos hombres estuviesen preguntándose el motivo de su vida sin esperanza. Y en aquella comunidad, sólo había un hombre capaz de hacerse tales preguntas.

De él habló Kenor a su padre.

—¿Por qué Eboro dice esas cosas tan extrañas?

—¿Eboro?... ¡Ah, sí, el que dice que el «Imo» se ha vengado de su hijo desleal, privándole del alimento que necesita para su existencia!... Vive en la «ibora» que se alza junto al recodo del «Imo» — El padre de Kenor se volvió a mirar donde había dicho—. ¿Sabes una cosa, hijo?... Yo creo que Eboro padece una enfermedad en la cabeza que le hace decir cosas extrañas y absurdas. No hace mucho fui a verle, al pasar por allí, y lo encontré tendido en el suelo, boca abajo, ante su casa, arañando el suelo con las manos.

»Me tendí a su lado y le pregunté lo que estaba haciendo. ¿Sabes qué me contestó?

—¿Qué?

—«Estoy buscando un secreto, Elmo». « ¿Un secreto en la tierra?», le pregunté extrañado. Y su respuesta fue: «Sé que el suelo vive, como vivimos nosotros. Aquí, debajo de nuestros pies, de nuestras casas, por debajo del «Imo» y de la Gran Selva, hay un ser que no es como nosotros». «No te entiendo, Eboro», le dije. «Yo tampoco veo claro. Te lo digo de verdad, Elmo». Y me miró con ojos entornados, donde la enfermedad ha hecho su daño.

—¿Él no ve como nosotros? — preguntó Kenor.

—No. Hijo, recuerda siempre que «Ota» nos envía sus peores rayos. Yo los he sentido sobre mi espalda, quemándome, cuando me he retrasado en volver a casa, por algún motivo.

»Eboro, según dicen, estuvo mucho tiempo mirando a «Ota», con los ojos abiertos, buscando una explicación a su conducta. ¡Y «Ota» le cegó, quemándole el rostro y la piel! Es por eso que nos protegemos las partes más delicadas del cuerpo con las hojas del «sero negro», donde «Ato» ha puesto su virtud y «Ota» su maldad.

»Por eso te digo que Eboro está enfermo de aquí. Un día se arrojará a la corriente de «Imo» y será arrastrado, de suerte que no le volveremos a ver jamás.

»Sus vecinos le han puesto un cerco de piedras, para que no se desoriente en la eterna oscuridad en que vive, y caiga en el recodo del «Imo». También le avisan cuando desaparece «Ato» en la lejanía y surge, por el lado opuesto el dios del mal. Entonces, Eboro se recoge en su «ibora» y duerme.

«Pero su sueño está agitado por cosas extrañas que dice haber visto en su desvarío.

—Tú debes tener razón, padre —afirmó el joven Kenor—. El pobre Eboro debe tener una enfermedad en la cabeza. No es como los demás.

—Por eso el «Ave» le hizo quitar la hija. Dicen que le encontraron haciéndole exorcismos y untándole la espalda y el pecho con tierra impregnada de «Imo».

—¿Barro? — preguntó Kenor.

—Sí... ¡Barro triturado con raíces de «sero negro»!

—¿Y qué pretendía hacer con aquello?

—Inmunizarla contra el poder maléfico de «Ota».

—Hizo bien el «Ave» en quitarle a la hija. ¿Dónde está?

—Vive con una familia que perdió a su hija, mucho más lejos... Allá donde el «Imo» salta entre las rocas, y se vuelve rojo como la sangre. ¿Sabes que hay dos «iboras» cuyos techos se sostienen con piedras puntiagudas, y que han colgado hojas secas de «sero negro», formando una cortina?

—Sí, lo sé.

—Pues en la «ibora» que está más cerca del manantial de la vida vive Euipe, la hija de Eboro.

—No la conozco. No acostumbro a ir mucho por allí, padre.

—¡Ah, Euipe es una muchacha muy bella! E incluso sé que ha rechazado a jóvenes muy fuertes.

Kenor se movió, volviendo la cabeza hacia el sur, allá donde el «Imo», serpenteando en su cauce inmutable, iba a saltar entre las rocas, convirtiéndose en la sangre de los muertos dejadas sobre las aristas afiladas.

Un pensamiento le asaltó de pronto. ¿Cómo sería Euipe, la hija de Eboro? Él había oído decir ya anteriormente que la vieron desnuda, cubierta su piel amarillenta y suave, con el barro impregnado de su padre.

Un amigo, explicándole aquello, dijo:

—Yo la vi cuando se la llevaron los hermanos del «Ave». La conducían desnuda y pintada, para que la viésemos todos… ¡Y por «Ato» y «Ota», que su cuerpo era precioso, pese a la tierra mojada que la cubría!

Kenor siempre había deseado conocer a la mujer de quien muchos hablaban. Pero jamás pensó que podría desearla como compañera. Y en *su* mente bullid la idea.

—¿Quieres que vaya a verla? —preguntó, después de un prolongado silencio.

Elmo, el padre, abstraído en otros pensamientos, se sobresaltó.

—¿Ver a quién?

—A Euipe. Si dices que es tan bella…

—¡Ah, eso es cosa tuya, Kenor! Nunca los padres nos hemos metido en la elección de nuestros hijos. Yo no consulté con mi padre para buscar a tu madre. La busqué, la encontré y entre todos levantamos la «ibora» en la que naciste tú.

—Iré a verla. Pero… ¿Con quién debo hablar?

Elmo fue a contestar, pero se detuvo, rascándose la cabeza de revuelta pelambrera dorada.

—¡Vaya! Eso es otro inconveniente… Su padre ha perdido la autoridad sobre ella. Tampoco tiene madre, porque creo que murió al nacer Euipe…

—Hablaré con los padres adoptivos.

—Eso, Kenor. Habla con ellos. Y, si por sí acaso pudiera interesarte la muchacha, entonces yo se lo diré al «Ave».

—Bien. Voy a ir ahora mismo.

* * *

Una extraña inquietud se había apoderado de Kenor a medida que se acercaba a las «iboras» situadas junto a los rompientes rojos, donde el «Imo» era bravo y salpicaba las orillas con su espuma escarlata, pastosa y de olor tan agradable.

No vio a nadie por el contorno. Quizá los moradores se habían ido o estaban tendidos junto al «Imo», más abajo, lejos del ruido de les rompientes.

Además, los «seros negros», colgando como cortinas, y sujetos con piedras al techo de la «ibora», impedían ver el interior.

Se acercó, moviendo las piedras del suelo con sus pies descalzos, a fin de hacer ruido y ser oído en el interior de la morada. Sintió que en su pecho se agitaba algo y un nerviosismo le atenazaba, casi incitándole a dar media vuelta y renunciar a conocer a Euipe.

Y estuvo a punto de hacerlo. Pero algo le contuvo. Oyó un ruido, como de piedras chasqueando, dentro de la «ibora». Luego oyó una voz agradable y joven, preguntar:

—¿Eres tú, Groto?

—No. perdona, mujer —respondió él—. Soy Kenor, hijo de Elmo.

—¿Kenor?... No te conozco... ¿Qué quieres?

La cortina de «seros negros» se descorrió, apareciendo una muchacha, algo menor que Kenor, y cuyo semblante hizo paralizarse el corazón del joven. Lo que tenía delante era una chica hermosa, de cuerpo incitante, brazos mórbidos y piernas firmes y esbeltas.

Su rostro era mucho más bello aún, enmarcado en un halo de dorados cabellos que le caían sobre los hombros desnudos, y ofreciendo al visitante una expresión de asombro indescriptible. Tenía la boca entreabierta y mostraba unos dientes rojos, muy bien formados y afilados, que se debía pintar con piedras del «Imo».

También llevaba el cabello peinado, y sus ojos eran de un color que Kenor no había visto nunca.

—¿Eres Euipe? —preguntó Kenor, con torpe lengua, sintiendo acelerarse los latidos de sus sienes.

—Sí, soy Euipe. ¿Deseas algo?

—He venido a verte. ¿Estás sola?

—Sí. Groto y Disa han ido al remanso, a libar del «Imo». ¿Querías

algo, Kenor?

—Sí... Pero ya volveré en otro momento... Me turba el verte.

—¿Te turbo, Kenor? ¿Qué ves en mí?

—Eres de una gran belleza.

—¿Eso te parezco? Yo, en cambio, me encuentro igual que las demás muchachas.

—Ya mí... ¿cómo me encuentras?

—¿A ti? No te comprendo... ¡Ah, sí, ya sé! ¿Has venido a verme? ¿Eres de esos que buscáis una mujer para tenderos sobre ella y hacerla madre?

—Lo hacen todos... Yo no he querido molestarte, Euipe. Mi padre dice que estoy en edad de...

—¡Vete! — gritó Euipe, impulsivamente—. ¡Vete de mi vista! ¡Eres tan repulsivo como un «giss» del suelo! ¡Todos los hombres sois repulsivos! ¡No quiero que nadie me toque! ¡No quiero que ninguno de vosotros me ensucie como hizo mi padre, contra el que no podía rebelarme! ¡Ahora estoy protegida por el «Ave» y no aceptaré insultos de nadie! ¡Ni siquiera Groto y Disa tienen autoridad sobre mí! ¡Vete, vete te he dicho!

Abrumado por los gritos e insultos de la muchacha, Kenor se había quedado clavado en el sitio, sin saber qué hacer ni qué decir. Aquello era nuevo para él. No sabía de nadie entre los «aeraes« que tratase de aquel modo a un pretendiente.

Se le podía rechazar, según era costumbre, pero no de aquel modo. Euipe no tenía derecho a insultarle. Él no la había ofendido. Se acercó con cortesía y corrección.

Por esto no supo reaccionar, balbuceando:

—Yo... no he querido... Creo que eres injusta...

—¡Vete! —gritó ella, fuera de sí habiendo transformado su expresión de asombro por otra de furia.

Y, de pronto, la muchacha se agachó, agarrando una piedra rodada por el «Imo», y la lanzó con fuerza al rostro de él.

Kenor sintió el fuerte golpe en su frente y la vista se le nubló. Por un momento, creyó ver ante sí a varias «euipes» frenéticas, y luego, aturdido, se le doblaron las rodillas, cayendo al suelo, donde quedó, sin sentido.

* * *

Era la primera vez que alguien agredía a otro. Un caso insólito. Los «aeraes» eran dóciles, comprensivos y sumisos. Temían a los—dioses—soles y se llevaban entre sí como hermanos, dentro del respeto mutuo, como seres de una misma raza.

La violencia era desconocida y nadie, jamás, había tenido un arrebato semejante, ni siquiera el padre de Euipe, pese a decir todos que padecía una enfermedad mental.

Y era tan insólito el caso, que hasta la propia Euipe se arrepintió inmediatamente de su acto, emitiendo un grito de angustia y postrándose junto al desvanecido joven, temiendo haberle matado.

A sus gritos, de la «ibora» próxima salieron un hombre y una mujer y se acercaron corriendo.

Detrás de ellos salió un niño, que se asustó mucho al ver la escena.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el hombre.

—¡Oh, Jomo, le he matado! —gritó Euipe, poniéndose en pie y echándose en los brazos del hombre —. ¡Le he matado, Jomo!

—¿Por qué? ¿Qué has hecho, insensata?

—Vino a verme. Me dijo que estaba en edad de tener mujer... ¡Y yo no quiero unirme a nadie!

¡Enfurecí y le tiré una piedra!

La mujer, entretanto, se había arrodillado junto a Kenor, poniendo su boca sobre la de él, labios con labios, hasta percibir el aliento del joven. Luego, se levantó y se volvió a su compañero, que parecía proteger a Euipe.

—Suéltala, Jomo —habló severamente—. El joven está vivo... Hay que avisar al «Ave»... ¡Euipe es como su padre! ¡Está enferma de la cabeza! ¿Es que no te das cuenta?

Y Jomo se apartó de la muchacha, como si ella tuviese una enfermedad contagiosa y dañina, para situarse al lado de su hijo, protegiéndole con los brazos cruzados sobre su infantil rostro.

—¡Os juro que no quise hacerle daño! — se defendió Euipe—. Sentí, de pronto, algo dentro de mí... No sé por qué lo hice... ¿No le he matado?

—No... ¡Pero eres un peligro para nosotros! ¡Pediré al «Ave» que te mande a la Gran Selva, sola, lejos de nosotros!

—¡No, la soledad no, por «Ato» y «Ota»! ¡Aceptaré a ese joven,

seré la madre de su hijo! ¡Haré lo que me pidan! ¡Pero no me enviéis con los monstruos cuadrúpedos! ¡No, nao!

II

El piloto y jefe de la astronave se llamaba Walter Beladon y tenía treinta y siete años, con lo que demostraba ser un hombre inteligente y experto, ya que, de otro modo, a su edad no podía dirigir un vehículo espacial como el «Kadmos—U—9», con treinta personas a bordo, entre navegantes y científicos.

W. B., o el Comandante, era de regular estatura, rostro inteligente, ágil y dinámico, y estaba casado. Tenía dos hijos, niño y niña, y procedía del Instituto Astronáutico de El Medeo, en Sahara Nuevo, África Septentrional.

En el puente de mando de la gigantesca astronave sideral, W. B. era como un Jefe de Senado, omnipotente, inasequible, certero, responsable y temido. Mas cuando, en sus horas de descanso, cedía el mando a su Segundo, Joel Chatham, se convertía en un hombre afable, alegre, respetuoso y cordial, querido por sus subordinados y por los miembros del Equipo Técnico.

A bordo del «Kadmos—U—9» iban veinte personas dedicadas a la investigación y diez que se ocupaban de manejar la nave. Cada uno tenía, pues, una misión específica dentro de la complicada máquina en la que viajaban. Y, por encima de todos, estaba la autoridad de W. B. No había, por lo tanto, discrepancia que él no arbitrase ni orden vital que no emanase de él.

Sin embargo, ecuánime, W. B. siempre consultaba con el resto de sus compañeros, antes de tomar una decisión importante. Y, por ejemplo, aquel día —si día podía llamarse a la sucesión de interminables horas transcurridas dentro de la espaciosa astronave, en donde se regían por un reloj terrestre—, W. B. se encontraba reunido en su amplia cabina—despacho, conferenciando con cinco técnicos, tres hombres y dos mujeres.

Eran, de más a menos edad, el doctor Morano, eminente biólogo;

la profesora Singh, de la Universidad Química de Calcuta, y docta mujer de cincuenta años, querida y respetada por sus vastos conocimientos; el doctor Wang Smith, chino y médico—cirujano de la expedición; el prestigioso geólogo de origen bávaro, Hermann Gersten, y, por último, la señorita Laura Alien, norteamericana, soltera, etnólogo, y mujer de una excepcional belleza.

Después de W. B., como jefe supremo de la astronave, la persona más atendida, halagada y solicitada, era la vivaz e inteligente Laura, una especie de benjamín de todos, más por su belleza que por su talento, aunque éste era muy superior a aquélla.

No eran, sin embargo, las únicas mujeres de a bordo. Habían doce más, jóvenes y de más edad, unas ocupadas en labores de asistencia y otras en trabajos técnico. Laura, empero, destacaba mucho más que las otras.

Y esto había preocupado a W. B. al principio, pensando en las muchas horas que deberían permanecer todos encerrados en la nave, donde, aunque no faltaban distracciones ni reuniones sociales, la monotonía del viaje podía afectar de muchas maneras.

Los temores de W. B. con respecto a Laura no se habían cumplido, porque ella siempre adoptó una actitud digna con sus compañeros, y nadie osó jamás decirle ni siquiera una inconveniencia.

Todo iba bien a bordo. W. B. tenía motivos para redactar su «All Correct» en el Libro de Navegación — anacronismo empleado para denominar a una modernísima grabadora electrónica, donde se guardaban los informes de los incidentes del viaje —, y pensar que si durante cuatrocientos cincuenta días no había ocurrido ningún incidente, en los ciento doce días que faltaban para regresar a la Tierra, continuaría sucediendo lo mismo.

Algo, no obstante, inquietaba ahora a W. B., y por eso había convocado a la reunión, y no era precisamente un problema de índole interno, sino algo más complejo, que resumió, al iniciarse la conferencia, del modo siguiente:

—Dentro de algunas horas, entraremos en un sistema binario de astros radiantes, catalogado con el número 12.457 CGTM —Al decir esto, Walter Beladon tomó un sobre que tenía ante sí, sobre su mesa, lo abrió y sacó varias fotografías astronómicas—. Páselas, Laura.

Laura Alien tomó las fotos, las examinó brevemente, y las pasó a

la profesora Singh, que estaba a su derecha, sentada ante la mesa de W. B.

—Me las ha enviado Henri Priss, quien no ha podido venir por estar en la Torre n.° 3, de servicio permanente.

— ¿*Y* qué significan estas placas? —preguntó el geólogo Hermann Gersten.

—Henri Priss ha descubierto algo singular en ese sistema binario. Parece ser que se trata de dos «soles», por llamarles de algún modo, que empiezan a transformarse «demasiado rápidamente»... Observen las fotos, por favor, y vean el punto más oscuro, situado entre los dos astros.

—¿Es un planeta? —preguntó el doctor Morano.

—Exactamente. Un planeta de dimensiones, aproximadas, como nuestra Tierra —continuó W. B., conciso —. Priss ha estudiado ese grupo durante algún tiempo y ha efectuado un sorprendente descubrimiento. Esos dos soles binarios están avocados a una pronta y súbita transformación estelar.

»Según Priss, ha deducido que uno de ellos pierde energía, mientras que el otro la recoge, creándose lo que se llama «desequilibrio magnético—estelar».

—¿Quiere eso decir que pronto va a producirse el estallido? —preguntó Laura Alien, empleando un lenguaje corriente.

—La fisión, sí — asintió W. B. —. Surgirán protuberancias solares de gran magnitud, y en el «coletazo» final de agonía del astro—dos, al ser destruido por el astro—uno, las radiaciones saltarán al cosmos, amenazando nuestro rumbo.

—¿Es que se va a producir esa explosión dentro de poco?

—Lo ignoramos. Henri Priss afirma que igual puede producirse dentro de unos días, como dentro de unos años. Pero está seguro de las mediciones efectuadas en sus pantallas telescópicas y sus cálculos son exactos.

—Si no recuerdo mal — habló Hermann Gersten—, el Sistema 12.457 CGTM estaba previsto para ser reconocido dentro de una semana.

—Exactamente — asintió W. E. —. Y para eso les he reunido. En las actuales condiciones, ¿creen ustedes oportuno que visitemos esos astros, corriendo el riesgo de recibir la lluvia radiactiva de gran intensidad que se producirá en esa fisión?

Se produjo un grave silencio entre los reunidos, quienes examinaban las fotos con curiosidad, sin osar declarar su opinión.

Laura Alien, empero, dijo:

—¿Y qué sucederá con el planeta que se encuentra entre esos soles?

—Es innegable que será destruido y absorbido por el nuevo sol que surgirá del estallido —contestó W. B., mirando desaprobadoramente a Laura, como si la pregunta hubiese sido pueril.

—No me mire así, Walter —se defendió la joven—. Yo siempre miro las situaciones desde el punto de vista etnológico... ¡Pienso en las razas que pueden habitar ese mundo!

—Se supone que está deshabitado. Dadas las condiciones de un sistema binario de soles, ningún ser podría existir bajo sus rayos.

—¿Presupone usted que siempre han existido las mismas condiciones que ahora?

—No presupongo, Laura. Me atengo al informe de Henri Priss.

—¡Vamos, vamos, Laura, hija mía! —intervino la profesora Singh con una cordial sonrisa —.

Sería demasiado hipotético suponer que un planeta entre dos soles gigantes, pueda estar habitado.

—¿Y si lo está?

—No conozco ningún caso — contestó la mujer hindú, sonriendo siempre—. Pero, por otra parte, nos estamos apartando de la cuestión. Aquí nos interesa decidir si renunciamos a la exploración de ese sistema, desviándonos para evitar los posibles peligros.

—«That's the question» (Esa es la cuestión) — declaró W. B. empleando el viejo lenguaje inglés, pues era muy versado en lenguas muertas —. Y para eso estamos aquí reunidos.

—Yo, personalmente —habló el doctor Morano—, estimo que debemos evitar todo riesgo posible.

—¡Yo no opino así! — exclamó Laura, con energía.

—Tú, querida, eres joven, valiente y decidida — contestó el doctor Morano, sin molestarse —. Siempre lo has demostrado al acercarte a seres extraños, en los mundos que hemos visitado. Te admiro, Laura. No te falta valor. Pero hay que ser sensato.

Hermann Gersten también era joven y estaba enamorado secretamente de Laura. Por eso se puso de parte de ella, diciendo:

—¿Está ese sistema en el programa, Walter?
—Sí, lo está. Pero estoy facultado para suprimir una etapa, en caso de dificultades o peligros.
—¡El peligro sólo lo ve Henri Priss! —exclamó Laura—. Y ni siquiera se ha dignado dejar sus trabajos para venir a informarnos ampliamente.
—Aquí tengo su informe completo. Es técnico y tiene un resumen final muy completo. He hecho hacer cinco copias. Tengan, escúchenlo y por la noche decidiremos.
Diciendo esto, W. B. sacó una caja metálica de un cajón de su mesa y la abrió. Dentro habían cinco estuches cilíndricos, que contenían «lápices fónicos», susceptibles de ser colocados en grabadoras «BZ», de uso universal, y reproducir el informe copiado en ellos.
—De acuerdo. Escucharemos el informe de Henri Priss, el medroso —ironizó Laura Alien, tomando su lápiz y guardándoselo en el bolsillo superior del buzo que vestía.
Luego, W. B. dio por terminada la reunión.

* * *

Fuese por agilidad mental, dada su juventud, o por el deseo de hacer prevalecer su tesis, Laura Alien escuchó en su cabina el informe del astrónomo Henri Priss y luego, tras meditar brevemente, optó por dirigirse a la Torre de Observación n." 3, para ver al hombre que había emitido aquella declaración.
Para trasladarse allí, Laura salió de su cabina, recorrió el pasillo central, hasta la cámara de Recreo, y allí penetró en la cabina de un ascensor magnético. Un instante después, como por arte de magia, se encontró en la plataforma que daba a la torre.
A través del muro de cristal, vio al profesor Priss sentado ante una gran pantalla iónica, acompañado de su ayudante, Marcel Le Broque.
Sin vacilar, Laura se acercó a la puerta y entró, diciendo:
—Perdonen.
Los dos hombres se volvieron, sorprendidos. No era frecuente que los técnicos se visitasen en sus respectivos dominios, aunque no era algo irregular.

Priss aparentaba unos cuarenta y cinco años, de cabellos grises y ojos cansados, mientras que su ayudante era un joven de veintiocho, con gafas de gruesos cristales, que utilizaba sólo para observaciones astronómicas meticulosas, alto y de buen porte.

A Laura, empero, no le gustaba aquel joven, demasiado vehemente, y con el que ya tuvo un ligero roce, al principio de la expedición, cosa que, sin embargo, no transcendió, porque ella y él supieron portarse dignamente y con discreción.

En la mente o en el pecho del joven astrónomo francés, sin embargo, quedaban vestigios de aquel primer encuentro.

—Hola, señorita Alien —saludó Henri Priss, poniéndose en pie—. ¿A qué debemos el honor de su visita?

—Y grande honor, a fe mía —añadió Marcel, sonriendo complacido.

—Walter Beladon nos ha reunido, facilitándonos una copia del informe presentado por usted acerca del sistema binario 12.457 CGTM.

—Sí — contestó Henri Priss —, del que estamos a siete días de distancia, en iluminación directa... ¡Y puedo ampliar ese informe con nuevos datos interesantísimos que atañen a usted!

—¿A mí? —preguntó Laura, sorprendida.

—Sí. Hace poco hemos descubierto vida en el planeta que está entre esos dos soles.

—¿Qué clase de vida? — preguntó Laura.

—Vegetal y animal — intervino Marcel Le Broque, dándose tono.

—En ese caso, insistiré en que se realice la exploración.

—No lo haga. La vida de ese mundo está condenada a extinguirse dentro de poco... Y no sería prudente arriesgar el «Kadmos—U—9» a una explosión apocalíptica.

—¿Está usted absolutamente seguro de que ese sistema está destinado a desaparecer en un futuro inmediato?

—Segurísimo — afirmó Priss, secamente —. Y puedo demostrarlo.

Laura vaciló entonces.

—¿Cuándo se va a producir la fisión?

—De eso no estoy tan seguro. Escuche. Este sistema está catalogado desde hace tiempo. Mis archivos están en regla y resulta claro lo que ocurre. Dos estrellas binarias de igual magnitud hace

quinientos años, cuando fueron fotografiadas desde el Observatorio Kuiper, han cambiado de forma, tamaño y composición. Por si eso fuese poco, acabamos de descubrir también, ahora «in situ», que una estrella está invadiendo la órbita de la otra.

»Este proceso es acelerado, y no puede tardar en producirse el cataclismo. El astro—uno es mucho más radiante que el astro—dos. La energía del primero ha sido absorbida del segundo. Y, en medio de esos dos soles en pugna, hay un pequeño planeta, del tamaño de nuestra Tierra, con seres vivientes, que, forzosamente, dadas las condiciones reinantes, deben ser muy distintos a nosotros, a menos que se trate de un singular fenómeno.

—En la ciencia no existen fenómenos, profesor Priss —contestó Laura—. Todo obedece a causas naturales que nuestro deber es descubrir.

—Yo estoy intentando descubrir esas causas. No sé si lo conseguiré...

—De todos modos, si hay vida en ese planeta, nuestro deber es investigarla.

—¡No a riesgo de perecer en el intento! — exclamó Marcel.

—No hablo con usted, señor Le Broque — contestó Laura, altivamente, zahiriendo verbalmente al ayudante de Priss, quien se mordió los labios.

—Yo no aconsejaré nunca al Comandante Beladon que se acerque a esos mundos, por mucho que sea el interés científico que ofrezcan.

—¡Pero se programó su exploración! ¡Y, según usted, luego puede ser tarde!

—¡Luego o ahora! ¡Yo no puedo decir exactamente cuándo va a producirse el estallido! Sin embargo, nos conviene estar lejos cuando eso ocurra.

—¿Y no puede usted precisar más? Sería altamente interesante efectuar una exploración en ese planeta, antes de que desaparezca del todo. Puede existir una raza técnica, un mundo civilizado...

—No, estoy seguro de que no. Hemos apreciado demasiada vegetación selvática. ¿Quiere usted verlo?

—Me gustaría, si no es molestia —asintió Laura.

—Venga.

Henri Priss acompañó a la joven etnólogo hasta la gran pantalla telescópica que tenían en el centro del laboratorio. Los antiguos

telescopios de visión directa se habían transformado en aquella maravilla de la técnica que eran las cámaras y pantallas iónicas, capaces de aumentar los objetos hasta millones de veces, por medio de rayos ultra— magnéticos, lo que venía a representar, casi, como colocar una cámara de T.V. sobre la superficie del planeta a explorar, y recoger la imagen en la pantalla, con una nitidez perfecta.

—No hacemos otra cosa que estudiar ese planeta y sus dos soles — explicó Henri Priss, mientras manejaba los controles de imagen y posición—, hacia los que nos acercamos a ciento veinte mil kilómetros por hora. Todavía, empero, nos faltan siete días para llegar a él, y por tanto, nos encontramos a veinte millones de kilómetros de distancia.

»Éste es ni motivo, por el cual no se precisa la imagen perfecta de los objetos menores de cuarenta metros. Hemos visto, y usted podrá verlo inmediatamente, selvas, montañas y señales de ríos, pero no hemos podido precisar la vida animal, la cual hemos advertido por el examen espectro—antropológico.

—Sería interesante poder ver directamente a esos animales — comentó Laura, viendo fluctuar la pantalla visora, de más de metro y medio cuadrado.

—Eso no será posible ver hasta dentro de tres días, cuando la distancia se haya reducido. Para entonces, ya estaremos dentro del campo de atracción de esas estrellas peligrosas e insisto en que no debemos acercarnos... ¿Cómo va el radián, Marcel?

—Tiene todo su volumen.

—Conecta el elevador de tensión... Me gustaría poder mostrar a la señorita Alien una imagen más ampliada.

—¡Pero puede estallar la caja quinta! —volvió a protestar Marcel Le Broque, y no sin motivo.

—Haz lo que te digo, Marcel.

—Está bien. — El ayudante de Priss dirigió a Laura una mirada abyecta, que ella, afortunadamente, no captó.

Le Breque estaba resentido con Laura desde el día en que ella le echó de su cabina, donde él había acudido con el fútil pretexto de buscar un dato para sus estudios. Había sucedido, empero, que él quiso abrazarla, en un arrebato de apasionamiento, y Laura le empujó, amenazándole con avisar a W.B., por medio de la alarma, si

no salía.

No habían vuelto, desde entonces, a cambiar la más mínima palabra.

Y aunque Laura olvidó el incidente, Marcel Le Broque guardaba su resentimiento, sin poder ocultarlo en aquel instante.

En la pantalla que manejaba Henri Priss empezó a formarse la imagen pancromática de un mundo esférico, donde se perfilaban tonos de color distintos, apareciendo manchas blancas, azules, amarillas y rojas.

—¿Cómo se llama ese planeta?

—Es «Uno» de 12.457 CGTM. Sólo hay ese mundo en el sistema. Le alumbran dos soles, diametralmente opuestos, por lo que carece de noche. La luz que recibe de ambos astros, empero, es de distintas cualidades... Ahora aumenta la visión... Es como si nos acercásemos a su superficie.

—Parece la imagen de un mundo visto desde su estratosfera.

—Exacto, concretamente, desde mil kilómetros de altura...Marcel, ¿cómo va el radián?

—¡Oscila notablemente!

Le Broque retrocedía, ileso, hacia el sistema de alarma, a fin de pedir inmediato socorro.

La explosión del televisor telescópico había sido violentísima, y con fragmentos de cristal de roca incrustados en su cuerpo, Henri Priss habría de fallecer casi inmediatamente, sin que para nada sirviera la habilidad del doctor Wang Smith.

Y, por el contrario, Laura Alíen resultó ilesa, a excepción de pequeñas heridas en la cabeza y cuello.

La ciencia y la expedición perdieron un gran hombre. Henri Priss había sido querido y respetado por sus compañeros. Esto era un revés trágico, el primero en la expedición científica, y sus consecuencias habían de ser importantes.

Walter Beladon hubo de recurrir, por vez primera, al incinerador mortuorio del «Kadmos—U—9». ¡Aquello debió ser interpretado como un mal presagio!

III

Era el más viejo de la comunidad. Conoció grandes calamidades, desde temblores, epidemias y desbordamientos del «Imo», hasta enfermedades malignas y contagiosas, a todas las cuales había sobrevivido. Sus cabellos ya no eran dorados, sino blancos, y en su boca faltaban todos los dientes.

Le llamaban el «Ave», que significaba «Venerable y Justo» y le atendían un grupo de hombres, elegidos entre los más fuertes de la tribu, para poder trasladarle de un lugar a otro, sobre una gran piedra plana que levantaban entre todos a brazos.

Estos sirvientes eran llamados los Hermanos del «Ave» y su autoridad era mucha, puesto que ellos se encargaban de cuidar del orden, de arrojar a los muertos al «Imo» y de velar por la limpieza.

No eran hombres que se considerasen superiores a los demás, pero estaban orgullosos del alto destino para el que habían sido elegidos, ya de que entre ellos se elegía siempre el más viejo y sabio, para suceder al «Ave».

Los Hermanos fueron los que acudieron, llamados por Grotto y Disa, y por sus vecinos Jomo y Weta, para que Euipe fuese llevada a presencia del «Ave». El caso lo requería. ¡Se había atacado a un joven!

Era la primera vez que algo así sucedía. Nadie tenía derecho a golpear a otro. Y la hija de Eboro lo había hecho.

Por suerte, Kenor se había recobrado pronto, después de haber sido lavada su herida con el agua densa del «Imo», y el joven fue requerido para prestar declaración ante el Jefe «Venerable y Justo».

La mansión del «Ave» era la más grande de todas. Se entraba por un pasillo, hecho con grandes piedras horizontales, que sostenían otras planas. Luego la galería se ensanchaba, en una gran sala o cueva natural, en la que habían hecho agujeros para que entrase la

luz, sin dañar a nadie los malignos rayos del tránsito de «Ota» por el cielo.

Dentro de la nave había un bloque de piedra, donde se habían practicado escalones con herramientas de sílex, muy duro. Y en aquella especie de templo estaba el «Ave» subido casi siempre, tendido y descansando.

Los hermanos le llevaban de un lugar a otro, porque él apenas si podía moverse, de viejo y consumido que estaba. Y era el único ser que no iba al «Imo» en busca de alimento, porque los hermanos se lo traían con las manos, donde él bebía siempre al ocultarse «Ato» y empezar a nacer «Ota».

Euipe fue llevada a la sala y obligada a postrarse ante la gran piedra sobre la que se encontraba el «Ave». Detrás de ella, a derecha e izquierda, se situaron los testigos, y debajo mismo de la piedra del «Ave», por indicación del Hermano mayor, se sentó Kenor, frente a su agresora.

El «Ave» presidía la reunión desde lo alto, tendido y cubiertos sus miembros enjutos por trenzas y tejidos de «sero negro», hecho con esmero por las huérfanas sin desposar que vivían en la comunidad.

—Ésta es Euipe, hija de Eboro, «Ave» — empezó diciendo el Hermano mayor, señalando a la postrada y atribulada muchacha—. Ya sabes que todos estamos tristes por los males que aquejan a ese hombre, de quien se dice que tiene la enfermedad dentro de la cabeza.

»Éste es Kenor, hijo de Elmo, un muchacho digno y bueno, querido de todos, al que Euipe ha golpeado con una piedra, dejándole como muerto en el suelo.

—¿Es cierto eso, Euipe? —preguntó el «Ave», con voz hueca y cavernosa, que repercutió de un modo áspero dentro de la gran cueva.

—Sí, «Ave»... Es cierto —contestó Euipe, bajando la cabeza, como avergonzada.

—¿Por qué lo has hecho? —insistió el patriarca.

—No sé lo que me ocurrió, «Ave»... Me entró un temblor en el cuerpo, ajeno a mi voluntad. Él venía a pedirme mi compañía para darle un hijo y debí sentirme enferma... ¡Te juro que no sabía lo que estaba haciendo!

El Hermano mayor se había retirado, yendo hacia un extremo de

la sala, donde se tendió, boca arriba, junto a sus otros hermanos, diez o doce hombres en total, que estaban en idéntica postura, inmóviles, de cara al techo. Pero, de pronto, se levantó y alzó la mano, diciendo:

—Recuerda, «Ave», que Eboro, el padre de Euipe, está enfermo de la cabeza, dice y hace cosas extrañas, y por eso le quitamos a su hija, dándosela a Groto y Disa, que habían perdido la suya.

—Lo recuerdo, Wemo, lo recuerdo... Me fallan las fuerzas, pero no la memoria —contestó el «Ave», siempre hablando despacio, con su voz hueca y profunda —. Y puede que Euipe haya heredado de su padre el mismo mal.

—¡No, «Ave»; yo no estoy enferma! — exclamó Euipe, levantando la cabeza—. Si tiré la piedra a Kenor fue porque no quiero que ningún hombre me toque. He oído decir a Disa y Weta que se sufre mucho por eso.

—Comprendo —contestó el «Ave»—. Tienes miedo al dolor.

—Sí.

—¿Y no te atraen los hombres?

—No, «Ave». Estando con mi padre, contra el que no podía rebelarme, ni desobedecer, hube de sufrir humillaciones. Con frecuencia, alegando que quería darme sabiduría y librarme de las enfermedades, me hacía cubrir el cuerpo con barro que él preparaba.

—Por todo eso, y porque estaba enfermo de los ojos, le quitamos a su hija, «Ave» —habló de nuevo el Hermano mayor.

—Sí, sí... Está bien, Wemo. Y tú, Kenor, hijo de Elmo, ¿qué tienes que decir?

—«Ave», yo no tengo ningún agravio contra Euipe — contestó el joven, sin dejar de mirar a la muchacha, arrodillada delante de él.

—Tienes derecho a presentar tu queja. Tú eres el agredido.

—Es una muchacha buena, guapa y asustada, «Ave» —continuó diciendo Kenor—. Fui a verla porque, hablando con mi padre, me dijo que ella era bonita... Y yo no había encontrado ninguna mujer que hiciera latir con fuerza mi corazón.

»Ella, en cambio, lo ha logrado.

—¿O sea que te gusta Euipe, Kenor? — preguntó el «Ave», con un vago acento nostálgico.

—Sí, me gusta.

Euipe miró con agradecimiento a Kenor. Ella esperaba una acusación por su acto alevoso, y veía que él era bueno, favoreciéndola. Sus ojos estuvieron unos instantes fijos, y luego ella los bajó.

—En otras circunstancias, el acto de Euipe debería ser castigado, como castigué el acto de Kalo, al no querer arriesgar su vida cuando Demo estaba muriendo en el seno del «Imo»... Kalo hubo de ser desterrado y enviado a la Gran Selva, de donde nadie vuelve jamás, y eso deberíamos hacer con Euipe.

»Pero el caso no es el mismo. Kenor está vivo y perdona. El daño ha sido mínimo. Pero yo debo decidir y creo que mi decisión ha de ser justa.

—¡Déjame hablar, «Ave»! — exclamó la testigo Weta, mujer de Jomo, temerosa del veredicto que pudiera dar el «Ave».

—¿Qué tienes que decir tú y cuál es tu nombre?

—Yo oí los gritos de Euipe y la vi tirar la piedra contra Kenor... Soy vecina suya y mi nombre es Weta. Por eso tienes que escucharme... ¡Hay que ser justos! ¡Euipe ha hecho daño y debe ser castigada, de lo contrario, seguirá haciendo daño!

—No estoy de acuerdo contigo, Weta — respondió el «Ave» —. Se puede hacer daño sin querer y arrepentirse... Y porque está Euipe enferma no vamos a desterrarla. Nuestro deber es compadecerla... Además el perjudicado no eres tú, sino Kenor... Y Kenor la ha perdonado.

—¡Es joven y le gusta la muchacha!

—Muy natural. La quiere, y ella debería corresponder con agradecimiento a la elección, pensando en las muchas mujeres que no pueden cumplir su finalidad natural, que es la de reproducir nuestra especie una sola vez, porque no hay hombres que las soliciten como compañeras.

»Por eso, voy a ordenar a Euipe para que cumpla mi voluntad, y acepte a Kenor por compañero, sin maltratarle nunca más. Deseo también que los jóvenes piensen en esto y se fijen, cuando sean mayores, si el hijo o la hija que salga de esta unión presentan indicios de enfermedad mental, en cuyo caso, se habrían de tomar medidas para evitar los males que pudieran sobrevenir.

—Sí, «Ave», lo recordaremos — contestó Wemo, el Hermano mayor.

—¿Estáis conforme con mi decisión? —preguntó el «Ave», entonces.

—Sí, yo lo estoy —dijo Kenor, en primer lugar.

—¿Y tú, Euipe? —insistió el «Ave», observan do que la muchacha tardaba en contestar.

—*Sí...,* también lo estoy. Sea tu voluntad.

—Id, pues, en paz y sed felices.

* * *

La boda era una ceremonia sencilla, entre los «aeraes». El padre de la desposada tenía que buscar a cuatro amigos, y lo mismo tenía que hacer el padre del novio. Estas diez personas se reunían con el joven dispuesto al matrimonio y elegían un lugar para levantar su «ibora», que solía ser en un lugar próximo al «Imo», entre las «iboras» derribadas por el gran seísmo.

Con el esfuerzo de todos, se levantaban las piedras, se traía tierra durante algún tiempo, a fin de crear un desnivel del terreno, para poder colocar fácilmente las grandes piedras que formaban el techo, y luego se volvía a retirar la tierra.

Esta operación no era presenciada por ninguno de los contrayentes, que permanecían separados y sin verse hasta el momento de la ceremonia.

Una vez Kenor y Euipe tuvieron preparada su morada, Groto, que había trabajado como un verdadero padre de Euipe, tomó a ésta de la mano y la llevó a la «ibora» de Elmo, donde esperaba Kenor.

Se reunieron los amigos y todos juntos fueron, acompañando a los contrayentes, hasta orillas del «Imo», donde la pareja se tendió en el suelo, bebiendo juntos, por vez primera, el líquido rosado y fuerte que les alimentaba.

Luego la comitiva acompañó a los jóvenes hasta su morada, en donde se habían colgado cortinas de «sero negro». Con aquello terminaba la ceremonia y la comunidad tenía un nuevo hogar y la esperanza de un nuevo miembro.

Sin embargo, aquella boda primitiva estuvo marcada por dos signos adversos que nadie supo, de momento, cómo interpretar. El primero de ellos fue que el auténtico padre de Euipe, Eboro, salió de su cerco de piedras, yendo hasta orillas del «Imo», mientras la pareja

estaba haciendo sus libaciones.

¿Cómo era posible que el ciego hubiese recorrido la distancia desde su «ibora» hasta el río, sólo y sin guía de nadie, sin saber siquiera que su hija iba a cambiar de destino?

No habló, empero, el perturbado. Pero estuvo quieto, como mirando al grupo, sin que nadie se fijase en él, porque su actitud era pasiva.

Y cuando todos se fueron, él permaneció allí, inmóvil como una estatua, sin hablar, como enfrascado en profundos pensamientos, para luego dirigirse en línea recta hacia la gran morada del «Ave».

El segundo signo que nadie supo interpretar fue la aparición en el cielo amarillo y encendido de un punto oscuro que estuvo inmóvil durante algún tiempo, sin que nadie se fijase en él, para luego deslizarse por el cielo y desaparecer hacia donde surgían «Ato» y «Ota» todos los días.

¡Pero al moverse en el cielo, el punto negro sí que fue descubierto y la noticia se extendió pronto por toda la comunidad!

* * *

Eboro se detuvo ante la entrada de la gran morada del «Ave». Un Hermano estaba allí, cerrándole el paso.

—¿Qué quieres? ¿Quién eres?

—Deberías conocerme.

—No puedo conocer a todos los miembros de la tribu.

—Me llamo Eboro y quiero hablar con el «Ave».

—¿Eboro, el enfermo de la cabeza? —preguntó, sorprendido, el Hermano portero.

—Sí, Eboro, pero no estoy enfermo de la cabeza, sino de los ojos. No puedo verte. Todo es oscuridad y sombra en derredor mío. Sin embargo, he visto el Peligro Supremo y es mi deber advertir al «Ave».

—¿Qué estás diciendo? Si no ven tus ojos, ¿cómo has visto ese peligro supremo del que hablas?

—«Ato» me ha iluminado, dándome clarividencia para comprender. Me ha hecho saber que su fin se acerca, vencido por el poder maléfico de «Ota», y una enorme ola de fuego cruzará sobre nosotros abrasándonos.

—¿Eso te ha dicho «Ato»? —preguntó el Hermano portero, asustado—. ¿Cómo te ha hablado?

—Haciéndome comprender... Él me ha dicho también que mi hija se ha casado hoy con un joven muy digno y que serán felices, mientras que nosotros pereceremos... Y él ha guiado mis pasos hasta aquí, para que informe al «Ave». Déjame, pues, pasar a su presencia.

—No, espera. He de consultar con el Hermano mayor... Él consultará con el «Ave» y luego me dirá si puedo dejarte pasar.

—Ve, pues, y dile al Hermano mayor que mi mensaje es importante.

Eboro se tendió a la entrada de la gran mora da, mientras el Hermano portero penetraba en la mansión del «Ave» a consultar. Poco después salía sacudiendo la cabeza negativamente.

—Lo siento, Eboro. El «Ave» es viejo y está durmiendo. Necesita descanso para poder vela por nosotros... Wemo, el Hermano mayor, me h dicho que no te deje pasar y que te acompañe hasta tu «ibora». No quiere molestar al «Are» por ti, diciendo que tienes «giss» en la cabeza.

—¡El Hermano mayor sí que tiene «giss» en la cabeza! —exclamó Eboro—. Es importante que todos sepan lo que va a ocurrir... Yo tengo el mensaje de «Ato».

Eboro gritó, poniéndose en pie, y el Hermano le agarró del brazo, llevándoselo de allí.

—Yo soy el último Hermano y no puedo hacer nada. El Hermano mayor es más sabio y más prudente que yo... Por lo tanto tienes que irte y quedarte en tu «ibora», de donde no has debido salir. Además pronto vendrá «Ota» y todos han de estar recogidos bajo techo... ¡Date prisa!

—¡Vamos a morir todos! ¡El «Ave» tiene que saberlo!

—No se le puede despertar... ¡No te detengas y camina de prisa!

Contra su voluntad, Eboro fue conducido a su morada y dejado allí por el Hermano, quien se apresuró a regresar a la mansión de «Ave», para refugiarse de Tos dañinos rayos de «Ota».

¡Y lo que nadie había observado entre toda la comunidad era que «Ota» había aparecido en el horizonte antes de que se ocultase «Ato»!

Esto, desde luego, no podían comprenderlo los «aeraes».

* * *

Y en la nueva «ibora» de Kenor, el nuevo matrimonio estaba sentado en sendas piedras, mirándose.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Euipe.

—Nada. Deseo respetar tu aversión hacia mí.

Ella se sorprendió.

—¿No quieres tocarme?

—No.

—¡Eso no puede ser, Kenor! — exclamó ella —. He aceptado vivir contigo y darte un hijo.

—Si no me lo das, a nadie extrañará. No eres la única mujer que carece de frutos.

—¡Pero eso es indigno de mí!

—No deseo hacerte daño.

—¡No, aceptaré el dolor! ¡Eso lo dije al «Ave» en mi defensa, pero no lo puedo mantener contigo! Temo al sufrimiento, es cierto; sin embargo, estoy dispuesta a todo. He pensado este tiempo y creo que estaba equivocada.

—No deseo forzarte, Euipe. Tengo el pensamiento fijo en una idea obsesiva.

—¿Qué idea es ésa? — quiso saber ella.

—Yo también he estado pensando, mientras se cerraba la herida que me hiciste con la piedra... ¿Ves? Ya apenas si me la noto con el dedo.

—No tienes más que una pequeña señal, Kenor — aseguró Euipe.

—Pues mientras se curaba mi herida, pensaba que, si a mí no me gustó que me hirieses, tampoco te debe gustar a ti. Es justo, Euipe. En este pueblo se ha vivido siempre de acuerdo con la costumbre. Somos seres que vivimos sin objetivo.

—¡Te equivocas! Hemos de reproducirnos y saciar la sed del «Imo», porque nos alimentamos de él y debemos devolverle lo que nos dio.

—Eso creen todos... Y eso debemos creer nosotros... Escucha, Euipe. Tú me gustas. Eres la primera mujer que ha despertado en mí el deseo de ser padre. Pero no lo quiero a cambio de tu dolor. Si te parece bien, me abstendré de tocarte. Permanece siempre vestida ante mí y vivamos como los demás, sin que nadie sepa lo que

hacemos.

—¡No podemos engañar a nadie!

—No les engañaremos... No les diremos nada... Si te parece, podemos irnos muy lejos y vivir solos. Yo sería como un buen amigo para ti.

—No, no, Kenor... Eres demasiado bueno conmigo. Yo pensé que podía quererte y que sería feliz contigo. ¡Prueba a darme esa felicidad! ¡No debemos engañar a nadie, y menos a nosotros mismos!

—Si tú lo quieres así...

—Creo que es lo mejor —respondió ella—. Además eres guapo, bueno, fuerte y generoso... Puedes acercarte a mí y tocarme, Kenor.

Él vaciló. Empezó a temblar. No quería tocarla y le había parecido mejor decir todo aquello, esperando convencerla. Hubiese sido fácil vivir juntos y mantenerse separados. Nadie podía verles, porque nadie se atrevería a salir de su «ibora» e ir a espiar lo que ocurría en otro lugar, y más estando «Ota» en el cielo.

—¿De verdad lo quieres?

—Sí... Lo quiero, Kenor — musitó ella.

Él se levantó y, despacio, se acercó a donde estaba su mujer. Le costó un gran esfuerzo extender su mano derecha y colocarla sobre su hombro desnudo, donde la piel era suave y blanda, para acariciarle el cabello limpio y cuidado.

Un estremecimiento recorrió su brazo, naciendo en las yemas de los dedos y pasándole al corazón.

Euipe, impulsivamente, tomó aquella mano y se la llevó a los labios.

Él retrocedió, asustado.

—¿Me quieres, Kenor? —preguntó Euipe, levantándose y situándose frente a él.

—Sí.

—¿Quieres que me quite los «seros negros»?

Él no respondió, entornando los ojos. Recordó lo que había oído decir de ella, cuando su padre la desnudó y la embadurnó con barro. Todos la habían admirado. ¡Y ahora la podría admirar él!

—¿No me contestas?

—No sé qué decirte, Euipe... Creo que sería mejor tenderse juntos y buscar el sueño. Mañana u otro día, cuando estemos más

habituados a estar juntos, podemos intentar...

—Sí, como quieras. Pero...

—Pero ¿qué, Euipe?

—No me atrevo a decírtelo, Kenor —musitó ella, bajando 1 os ojos al suelo aplastado con piedras.

—¿Por qué?

—Es que... Yo te deseo, Kenor.

Al decir esto, ella se acercó a él y ocultó el rostro en su pecho desnudo y cubierto de ligero vello dorado. Él entonces la abrazó, apretándola contra sí, y estremeciéndose varias veces seguidas.

¡Ya no podían haber fronteras, ni secretos, ni escrúpulos! ¡Ella era su compañera y la debía poseer!

—¡Yo también te deseo, Euipe! ¡Eres maravillosa, como la buena luz de «Ato»!

Y cuando parecía que el himeneo iba a consumarse, primero se oyó un lejano ruido, que les hizo levantar la cabeza, para luego paulatinamente, convertirse en estruendo ensordecedor, como un rugido espantoso que lo llenaba todo.

Ambos se separaron, mirándose con ojos de espanto.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—¡No lo sé! ¡Pero presiento que debe de ser algo malo!

Las últimas palabras de él Euipe no pudo escucharlas, de tan intenso como era el ruido que iba en aumento por instantes. Y luego, en su máximo poder, el techo y las paredes de la «ibora» temblaron.

—¡Es un gran temblor! —gritó Kenor —. ¡Huyamos!

—¡Imposible salir! — gritó Euipe, con toda la fuerza de sus pulmones, acercando su boca al oído de él.

¡Y, de pronto, el ruido empezó a decrecer!

IV

La muerte de Henri Priss había de ser decisiva en la elección de

Walter Beladon, aunque Laura Alien habría de ejercer considerable presión, sobre el Comandante y sus compañeros.

Con una leve cura en la cabeza y cuello, la etnólogo compareció en el puente de navegación, donde W.B. se encontraba haciendo el informe del accidente. Con él se encontraban Marcel Le Broque y el segundo oficial de la astronave, Joel Chatham.

W.B. se levantó al entrar Laura.

—¿Cómo se encuentra, señorita Alien? —preguntó, solícito.

—Aparte del susto tan tremendo que recibí, bien, Comandante.

—Según dice Le Broque, parece que subió usted a la Torre número tres con ciertas exigencias.

La norteamericana se volvió a mirar al francés. No pareció dirigirse a él, al hablar:

—¿Podría usted decir textualmente lo que dije ante el profesor Priss?

—Llegó usted diciéndonos que debíamos estar equivocados en nuestro informe.

—¡Miente usted! —gritó Laura, furiosa—. Sólo quería información más precisa… Siento profundamente lo ocurrido, pero yo no exigí nada. Fue el profesor Priss quien se brindó a mostrarme el planeta «Uno» a fin de que constatara su aserto. Es evidente que él tenía tanto interés como yo en conocer con más detalle qué clase de vida existe en ese mundo condenado… ¡Y pudimos verlo!

—¿Qué vio usted?

—¡Construcciones de piedra y seres humanos, semejantes a nosotros!

—¡Eso es falso! —exclamó Marcel Le Broque—. Yo estaba allí y no vi nada de eso.

La furibunda mirada de Laura a Le Broque hizo que W.B. se situara entre los dos, con ánimo de apaciguarlos.

—Entre ustedes parece existir cierta desavenencia. Será mejor que primero interrogue a uno y después al otro… Joel, ¿quieres acompañar al señor Le Broque a su cabina? Ya le llamaré cuando haya terminado con la señorita Alien… Usted perdone si doy preferencia a una dama.

—¡Está perdonado, Comandante! — contestó Marcel, dando media vuelta y disponiéndose a salir, seguido del Segundo.

W.B. y Laura les vieron salir y luego el primero habló:

—Siéntese y hable, dirigiéndose al micrófono de la grabadora. Ha de quedar constancia de esto, ¿comprende?

—Me hago cargo.

Laura Alíen poseía una excelente memoria y explicó, con todo lujo de detalles, lo que había ocurrido en la Torre número 3, hasta que estalló el televisor telescópico. Explicó incluso la posición que habían ocupado todos, y concluyó:

—Marcel Le Broque no podía ver la pantalla, por estar regulando los controles, a la derecha de Henri Priss. Yo no sospechaba siquiera que podía ocurrir tal desastre si se llevaba el aparato a extremos tan peligrosos. Pensé que podría fundirse un circuito o algo así. Confieso que desconozco el funcionamiento del televisor telescópico.

»Sin embargo, insisto en que fue Henri Priss quien quiso mostrarme el planeta «Uno».

—¿Y está usted segura de haber visto seres humanos?

—Tan segura como le estoy viendo a usted. Fue sólo un instante, sin duda. Por un momento, surgieron en la pantalla, al aumentar la imagen, dándome la sensación de estar viéndolos como desde un avión.

»No puedo precisar cómo eran exactamente. Me parecieron seres humanos, moviéndose entre bloques de piedra, al estilo de las viviendas primitivas del paleolítico.

»Luego fue cuando estalló la pantalla.

—Muy bien, señorita Alien —contestó W.B., presionando un botón, y cerrando el circuito de grabación —. Espero que no hable usted con nadie acerca de esto, hasta que yo haya verificado los hechos. Deduzco, empero, que ha sido un accidente inevitable, y el único culpable ya ha pagado su falta. Sin embargo, pueden surgir complicaciones.

—¡Si surgen será por culpa de Marcel Le Broque!

—¿Tiene usted alguna enemistad con él? — preguntó incisivamente Beladon.

—Pues... No, no. —Laura se mordió los labios —. Nada en particular.

—¿No le resulta simpático, acaso?

—Simpático, desde luego, no. Pero yo no elegí los componentes de la expedición.

—Me había parecido como si entre ustedes existiera algo.

Laura no contestó y W.B. dio por terminada la entrevista, levantándose y diciendo:

—Ya la avisaré cuando la necesite. Gracias por todo y me alegro que no haya recibido más daño.

* * *

W.B. habló luego con Marcel Le Broque, escuchando una versión algo distinta del suceso.

—Desde luego, la señorita Alien no estaba conforme con el informe que presentamos acerca de «Uno» —explicó Marcel—. Ella quería que tomásemos tierra a fin de efectuar una inspección «in situ». El Profesor intentó disuadirla, explicándole el peligro que podíamos correr.

—Henri Priss, desde luego, no era el más indicado para dirigir esta nave —le atajó W.B., secamente —. Él emitió su informe. Yo debía decidir, puesto que la inspección del sistema 12.457 CGTM estaba puesta en el índice. Para eso reuní a cinco personas sensatas de la expedición.

»Y no crea usted que yo me dejo guiar por nadie. Pido pareceres y luego juzgo por mí mismo. De todas formas, hay algo en la explicación de Henri Priss que me hace dudar.

—¿A qué se refiere? Yo estoy tan enterado como él de los pormenores.

—Me refiero a que no sea posible establecer con exactitud el momento en que se producirá la fisión que desintegrará ese sistema binario.

—No es posible establecerlo, porque carecemos de datos precisos, Comandante — contestó Marcel, un tanto nervioso—. El Profesor Priss computó una aproximación de cien días, más o menos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa que el desequilibrio estelar puede producirse de un instante cero, hasta cien días después. Pero sin efectuar mediciones exactas sobre el terreno, es imposible saber cuántos días han pasado ya del punto cero.

—¿Podría usted saberlo si aterrizamos en «Uno»?

—Sí, claro... Pero ¿no pretenderá usted cometer semejante locura?

—No estoy loco y sé muy bien lo que hago, señor Le Broque —contestó W.B., secamente —. No hago más que recoger datos para decidir después. Soy responsable de esta expedición y no puedo correr riesgos. Pero la señorita Alien insiste en que vio seres humanos.

—¡Eso es imposible! Dadas las condiciones que existen en «Uno», es imposible la vida tal y como la concebimos nosotros. Hay vida, desde luego, pero deben estar inmersos en otra atmósfera.

—Eso es muy discutible, y más ahora que no tenemos el televisor telescópico para comprobarlo. ¿Cree usted que podrá arreglarse?

—Lo intentaré. Pero la reparación durará muchos días. Quizá no esté terminado antes de nuestro regreso a la Tierra.

—Dijo usted que el profesor Priss y la señorita Alien no pudieron ver nada en la pantalla. ¿Por qué?

—El volumen y el radián no habían alcanzado su extremo más elevado. Yo, naturalmente, no podía ver la pantalla, estando comprobando los controles. Y por eso sé que la imagen que estaban viendo era incapaz de presentarles con claridad objetos menores de veinte o treinta metros de diámetro.

—Pero la pantalla estalló. ¿Podía hacerlo con los datos que usted tenía ante sí?

Marcel Le Broque pareció quedar un poco desconcertado ante aquella pregunta.

—Desde luego..., no lo comprendo —dijo, indeciso —. El peligro que yo entreví fue que se fundiera el ampliador de la caja quinta. No imaginé nunca que la pantalla podía estallar del modo que lo hizo.

—¿Han estallado otras en otros laboratorios?

—Sí, algunas.

—¿Por elevar mucho la tensión?

—No, por distintas causas. Defectos de fabricación, golpes. Es necesario tener en cuenta que esa pantalla está fabricada de cristal pretensado y tallado. La elaboración es meticulosa y se prueban repetidas veces... También podía ser que estuviese algo resentida y la tensión la hiciese reventar. Es preciso tener en cuenta que el voltaje es de muchos vatios, para lo cual funciona con un transformador especial.

—Sí. Y también pudo ser negligencia de usted, ¿no es así?

—¿Negligencia mía? —exclamó Marcel, palideciendo—. ¿Qué

quiere usted decir con eso, Comandante?

—Lo que he dicho, sencillamente. ¿Pudo ser negligencia suya?

—¡No, bajo ningún concepto!

—Se verificará una inspección técnica. Ha muerto un hombre. Ustedes trabajaban juntos. Y como no quiero que se puedan ocultar pruebas, precintaré el observatorio una vez realice la inspección ocular. Le prohíbo que entre usted allí hasta nueva orden.

—Y ¿cómo voy a realizar mi trabajo?

—Usted no es el titular, sino el ayudante del profesor Priss —contestó W.B. impertérrito —. Yo soy responsable de la nave y tomo las decisiones que convienen. Si le necesito para algo, le llamaré. Ahora puede retirarse.

Marcel Le Broque se levantó y dijo:

—Espero que unos ojos bonitos no le hagan faltar a su deber, Comandante.

—Estoy casado y mi deber es mucho más sagrado de lo que usted parece entender, señor Le Broque. Voy a intentar olvidarme de lo que acaba usted de decir... ¡Pero si me entero de que hace algún comentario semejante a ése, por mis antepasados que se acordará usted de mí! ¡Ahora, váyase!

—Sí, señor.

Marcel Le Broque salió y W.B. se puso en pie, paseando arriba y abajo por el puente. Luego se detuvo, acercándose al mirador panorámico y quedándose allí, perdida la vista en el espacio negro e infinito, donde millones de mundos relucían con obsesiva fijeza.

Uno de aquellos mundos estaba a punto de desaparecer. A diario, mundos enteros desaparecían, desintegrados por fuerzas infinitamente enormes, dentro de aquel fabuloso concierto de luces de todos los tamaños y colores.

W.B. sabía que un astro, por gigante que fuese, no era más que una molécula en el piélago infinito del Universo. Y él no era más que un insignificante ser, una bacteria, comparado con todo cuanto abarcaba su vista. ¡Pero más allá, detrás de aquel firmamento estelar, habían más mundos!

«Uno» estaba allí, confundido entre dos soles, más próximo que los otros, casi al alcance de la mano. Siete días era una distancia insignificante para el «Kadmos—U—9», que devoraba los kilómetros, desafiando las leyes de la gravedad y de la mecánica

celeste.

Un rumbo previamente establecido guiaba la astronave. Él debía mantener aquel rumbo y evitar cometas y meteoros que pudieran dañarle. Para ello contaba con un sistema de protección y alerta verdaderamente infalible.

En el espacio, empero, y W.B. lo sabía muy bien, nunca se está seguro del todo, y un fallo, un error, un desacierto o una mala maniobra, podía ser catastrófica.

Él pensaba en todo aquello, en «Uno» y en los seres de estado primitivo que Laura Alien decía haber visto.

« ¿Será cierto que hemos descubierto una raza parecida a la nuestra?»

La pregunta tenía insospechadas ramificaciones. W.B. era un hombre inteligente y no se le escapaba lo que aquello podía significar a su regreso a la Tierra. Pero por otra parte, le torturaba la idea de que fuese cierto, que Laura Alien hubiese dicho la verdad, ¡y que aquella raza estuviese sentenciada a muerte!

W.B. estuvo así, pensando, más de una hora. Al fin, suspiró y fue al tablero inclinado de comunicaciones, presionando un contacto y diciendo:

—Joel, ven a relevarme, por favor.

—Sí, Walter —contestó la voz del Segundo oficial.

—Quiero celebrar una reunión con todo el personal y el equipo técnico, en la cámara de Recreo. Avisa que estén todos allí, excepto los que estén de servicio, para dentro de media hora.

—Sí, Walter.

—Gracias.

* * *

Veinticinco personas, entre auxiliares de navegación sideral y técnicos, se hallaban reunidos en la cámara principal de la astronave, cuando Beladon llegó, procedente de su cabina.

En la entrada, saludó a todos, diciendo:

—Buenas tardes... Por favor, siéntense. Tengo algo importante que decirles.

Científicos de diversas especialidades, mezclados con cocineros y camareros, todos ataviados con sus buzos azules, cerrados con

cremalleras hasta el cuello, y luciendo en su pecho el distintivo de su empleo o cargo, junto con el nombre, se sentaron donde pudieron, en perfecta democracia.

Se había hecho el silencio, al entrar W. B., quien pudo ver a Laura Alien sentada en una butaca, junto al geólogo Hermann Gersten.

—Señores, les agradezco que hayan venido —empezó diciendo W.B., mirando en derredor y yendo a situarse, de pie, en el centro de la cámara, para girar lentamente sobre sus talones —. En normales circunstancias, y como es norma, habría pedido parecer y consejo a unos cuantos de ustedes.

«Ahora, después de reflexionar seriamente, he decidido exponerles la situación, sin ambages, y recoger el sentir de todos. Yo puedo, y estoy facultado para ello, tomar una decisión por mi cuenta y riesgo. Tengo atribuciones que todos ustedes conocen. Soy el responsable de la nave y de las vidas de todos ustedes. Y precisamente por esa responsabilidad que gravita sobre mis hombros, deseo consultar y someter a votación la importante cuestión que me preocupa. Aceptaré la decisión de la mayoría.

«Atiendan, por favor. —W.B. se había detenido, mirando a donde estaba sentado Marcel Le Broque, muy serio éste, junto a la Profesora Singh—. En el programa teníamos prevista la exploración y reconocimiento del sistema binario 12.457 CGTM, como todos saben.

»El astrónomo, profesor Henri Priss, que ha muerto, víctima, al parecer de un accidente, al estallar el televisor telescópico que manejaba, nos advirtió de que dicho sistema binario está en trance de desaparecer, a consecuencias de un cataclismo atómico—magnético, cuyas peculiaridades no creo oportuno reseñar.

«Creo en ese informe, aunque no es completo, y no puedo poner en duda su veracidad, porque Henri Priss era un especialista en su profesión.

«Sin embargo, sometí esta mañana el caso a un grupo, aquí presente, y les indiqué que escuchasen el informe, para decidir esta noche sobre él. Los acontecimientos se han precipitado, y la situación es ésta:

«Parece ser que el planeta que debíamos visitar, y que ignoramos cuándo va a producirse su destrucción, está habitado por seres que,

según la doctora Alien, son semejantes a nosotros.

Un murmullo de asombro se extendió entre los reunidos. Muchos rostros se volvieron, buscando a Laura, la cual soportó aquel escrutinio sin pestañear siquiera.

—Ahora bien —continuó diciendo W.B., girando sobre sí mismo y escudriñando los rostros —, aparte de la investigación oportuna, referente a la muerte del profesor Henri Priss, tenemos que decidir sobre la conveniencia de visitar el planeta «Uno».

»No es necesario que les diga la importancia que tiene para esta expedición el descubrimiento de seres semejantes a nosotros en un mundo condenado a desaparecer en breve. Tampoco quiero ocultarles el peligro que podemos correr, arriesgándonos a tomar tierra en ese planeta que parece destinado a desaparecer, sin que podamos precisar en qué momento exacto se va a producir el cataclismo.

»Todos estos datos parecen ser correctos, y por lo tanto tenemos dos soluciones: una, correr el riesgo y aterrizar en el planeta «Uno», y la otra, alejarse de aquí poniendo rumbo a nuestro siguiente objetivo.

»Ésta es la situación, planteada a grandes rasgos. No quiero que se precipiten ustedes al darme su opinión. Deseo un razonamiento lógico y sensato. Pueden hacerme las preguntas que estimen convenientes y procuraré contestar de acuerdo con los informes y datos que poseo. Luego, enterados todos, decidiremos.

»Y les repito que aceptaré la decisión de la mayoría, quedando sin efecto, naturalmente, las decisiones en contra.

El doctor Morano, el miembro más viejo de la expedición, levantó el brazo derecho para preguntar:

—¿Está segura la doctora Alien de que ese planeta está habitado?

—¡Lo estoy! — contestó Laura, antes de que pudiera hacerlo W.B.

—¿Lo has visto tú, hija? —preguntó la profesora Singh.

—Lo he visto como la veo a usted. Pero debo advertir que sólo fue un segundo. La pantalla reventó después, hiriéndome y matando al profesor Priss.

—¿No es posible saber cuándo puede producirse el cataclismo en ese planeta? —preguntó un técnico maquinista.

—No, parece ser que no. El profesor Priss ha muerto y su ayudante, Marcel Le Broque, no ha podido dar una respuesta

concreta. Igual pueden faltar cien días como ninguno.

—¿De modo que tenemos, en caso de tomar tierra en ese extraño mundo, una posibilidad contra cien de perecer en la hecatombe?

—Quizá menos — terció Marcel Le Broque, hablando por vez primera—. Yo podía investigar a ese respecto, pero el Comandante me ha prohibido la entrada en el observatorio, y sus motivos tendrá.

—¡Sabe usted muy bien cuáles son esos motivos, Marcel Le Broque, y no es caso repetirlos aquí! He planteado la situación tal cual es. De lo demás ya hablaremos. Aquí se trata de decidir si debemos tomar tierra o no. ¿Alguna pregunta más?

—Sí, referente a esos individuos que vio la doctora Alien — intervino el cocinero—jefe—. ¿Eran como nosotros?

—Sí — contestó Laura.

—¿Cómo vestían?

—No pude precisarlo. Se cubrían el cuerpo con algo, desde luego. Pero sólo los vi un instante.

—¿Y no podían ser miembros de alguna nave que se hubiese visto obligada a efectuar un aterrizaje forzoso en ese planeta?

—A eso no podemos contestar, si no es visitando «Uno» — respondió W.B.

—Yo creo que deberíamos correr el riesgo de descender y efectuar una exploración breve.

—Eso han de ser la mayoría los que lo decidan. ¿Qué opinan ustedes? —preguntó W.B.—. Ruego a los que no estén de acuerdo en descender sobre «Uno» que levanten el brazo.

Sólo se levantaron cinco manos. Una era la de Marcel Le Broque.

—Gracias, señores — dijo entonces W.B. —. Es cuanto deseaba saber. Así me sentiré más tranquilo. De todos modos, deseo expresar mi propia opinión, como un miembro más de la expedición.

» ¡Yo hubiese descendido sobre «Uno», aunque supiera que sólo tenía unas horas! Considero que, tanto si la señorita Alien está en lo cierto como si no, vale la pena cerciorarse. Si encontramos una raza semejante a la nuestra, esta expedición habrá conseguido un éxito grandioso... ¡Y si son compatriotas nuestros, tenemos el sagrado deber de rescatarlos, aunque para ello sea preciso renunciar al resto del viaje!

»Nada más. Dentro de siete días llegaremos a ese misterioso planeta. Gracias por todo.

V

—¡No salgas! —gritó Euipe—. ¡«Ota» te castigará como hizo con mi padre!

—Tenemos que saber qué ruido es ése — contestó Kenor.

Estaba alzando las cortinas de «sero negro» y Euipe le sujetó del brazo.

—¡«Ota» es un dios malo y vengativo, Kenor! ¡Yo no quiero perderte ahora que he descubierto la bondad que hay en ti!

—Vamos, Euipe, no seas niña. No se trata de salir, sino de mirar solamente.

Diciendo esto, Kenor apartó la cortina de hojas secas de «sero». Y allí se quedó, asombrado, aturdido y lleno de perplejidad, al ver la enorme torre blanca que se alzaba hacia el cielo, a unos mil metros de distancia.

Una niebla extraña se extendía en torno a la torre.

—¡Por «Ato y «Ota»! —exclamó Kenor—. ¡Mira lo que hay allí!

Euipe miró.

—¿Qué es eso? — balbuceó ella.

—No lo sé. Pero antes no estaba... ¡Estoy seguro de que el gran ruido procedía de eso, sea lo que sea!

Estaban viendo el «Kadmos—U—9», que se había posado en el suelo, en un claro, no lejos de las «iberas» de los «aeraes».

—Pero... ¿De dónde ha salido eso? ¿Qué es?

—¡Debe tratarse de alguna maldición que ha caído sobre nosotros! —contestó Euipe—. ¡Sólo males puede proporcionarnos!

Kenor no respondió.

Jamás había visto él nada igual, y no podía imaginar que hubiese venido del cielo. Por encima de ellos no habían más que los enormes pájaros que, de vez en cuando, salían de la Gran Selva, para escapar, entre graznidos y aleteos furiosos, siguiendo el curso del «Imo».

—Ha surgido del suelo —habló, de pronto—. Mi padre oyó decir al tuyo que bajo la tierra dura había un secreto... ¡Ahí está! ¡Ha surgido rodeado de esa niebla extraña!

—¿Qué podemos hacer?—preguntó Euipe, sobrecogida.

—¿Hacer?... Deberíamos acercarnos y verlo mejor.

—No podemos abandonar la «ibora» hasta que no se haya puesto «Ota».

—Estoy pensando que, si nos cubrimos bien con estas cortinas de «sero negro», podemos ir hasta allí. Quizás haya algún dios con hambre y debamos socorrerle.

—¿Por qué piensas eso?

—Se me ha ocurrido... Arranca las cortinas. Te cubriré la cabeza, los hombros y los brazos... ¡Vamos a ir a verlo de cerca!

Euipe estaba asustada, pero su curiosidad era grande. Por ello no opuso mucha resistencia a la sugerencia de Kenor.

—No deberíamos ir... Nadie dejaría la «ibora» estando «Ota» en las alturas.

—Cubiertos con la «sero» no nos pasará nada... ¡Vamos!

En un momento, arrancando las cortinas, se cubrieron de pies a cabeza, envolviéndose con aquella planta seca y protectora. Luego, un tanto temerosos, salieron de la «ibora», abandonando la protección del techo de piedra.

No se veía a nadie por ninguna parte. Todos estaban ocultos, quizá dormidos, dentro de sus viviendas megalíticas. Un impresionante silencio había seguido al estruendo que debió poner pánico en los corazones de todos los «aeraes».

Pero estaban equivocados. No se encontraban solos.

Alguien les había precedido, corriendo hasta las cercanías de donde se había posado el «Kadmos—U—9». Y Kenor, atisbando a través del «sero negro» que le cubría la cabeza, con ojos entornados, vio la figura inconfundible del padre de Euipe.

¡Era Eboro, y se había detenido antes de llegar a donde el humo empezaba a disiparse!

Euipe también había visto a su progenitor, porque gritó:

—¡Padre, padre!

Eboro, empero, no se volvió, inmóvil, bajo los rayos malignos de «Ota», contemplando la alta mole metálica que tenía delante.

Y el ciego no se había protegido de la maldad del astro—sol.

Los dos jóvenes, corriendo, se acercaron al hombre.

—¿Qué haces aquí, padre? —preguntó la muchacha.

—Alguien tiene que dar la bienvenida a los enviados del Más Allá. Yo sabía que vendrían y los estaba esperando.

—Pero ¿qué es eso? — preguntó Kenor.

—Ahí dentro están los que vienen a darnos la vida... Lo intuí, en mi oscuridad.

—Pero ¿ves, padre?

—No con los ojos, Euipe. Pero veo... ¡La luz está en mi mente!

Kenor fue a decir algo, pero se quedó con la palabra en la boca, al ver surgir un objeto extraño de la torre metálica... ¡Un objeto que volaba, sin ruido, y que, en breves segundos, se posó a poca distancia de donde ellos estaban!

Se trataba de un disco volador, de cúpula transparente, de los empleados para las exploraciones previas, en donde iban dos personas provistas de trajes de vacío, escafandras, cascos, radios y armas electrónicas.

Aquellas dos personas eran Joel Chatham, segundo oficial de la astronave terrestre, y el geólogo Hermann Gersten, enviados por W. B. a una exploración preliminar.

¡Y la sorpresa que recibieron fue enorme!

* * *

—¡Parecen seres como nosotros! —exclamó Chatham, hablando a través de la radio, al detenerse el disco volante —. ¡Es asombroso! ¡Dos de ellos van enteramente cubiertos con no sé qué, de color negro! Hay otro, de edad indefinida, que parece enteramente un terrícola.

—¡Conecta el altavoz exterior y háblales! — dijo la voz de W.B. a través de la radio —. ¡Interesa saber si son coterráneos nuestros! ¿Qué clase de atmósfera tienen aquí, señor Gersten?

—Estoy efectuando mediciones. Aún no puedo decir nada... Aunque parece positiva... Hidrógeno, oxígeno y nitrógeno. Habré de sacrificar una cobaya, Comandante.

—Hágalo, Gersten.

Por su parte, Joel Chatham presionó un conmutador, a la vez que decía:

—¡Eh, ustedes...! ¿Me oyen? ¿Quiénes son?

Kenor, Euipe y Eboro escucharon la voz y se sobrecogieron, cayendo de rodillas y tendiéndose boca abajo, lo que sorprendió grandemente a los dos ocupantes del disco volante.

—¿No me entienden? ¿No son terrestres?

Desde luego no les comprendieron. La voz tenía para los tres «aeraes» modulaciones incomprensibles y sonidos esotéricos.

Eboro, sin embargo, contestó:

—Tened piedad de nosotros, enviados de los dioses. Somos vuestros siervos, vuestros esclavos, mandar y os obedeceremos.

—¿Qué dices, padre? —preguntó Euipe, levantando la cabeza.

—Yo sabía que vendrían a socorrernos. «Ota» nos quiere castigar porque se ha cansado de nosotros, venciendo el poder de «Ato». El fin de «Aera» se acerca, y estos dioses benignos nos ayudarán.

»Hemos de recibirlos con sumisión y respeto y no debemos incurrir en su enojo...

Dentro del disco volante, Joel Chatham captó aquellos sonidos, sin comprenderlos. Sabía que el sistema de comunicaciones exteriores estaban transmitiendo a W.B. el murmullo y los chasquidos que emitían aquellos seres.

—Desde luego, no son terrestres —habló Joel.

—¡Calla, estoy haciendo una grabación! — contestó W. B. —. La doctora Alien se unirá con vosotros. Saldréis del disco y os acercaréis a ellos. Estad prevenidos por si os atacan.

—Nos parecen seres muy primitivos... Ésas deben ser sus moradas.

De la gigantesca astronave surgió otro disco volante, que, en contados segundos fue a posarse junto al primero, donde la cúpula transparente se había empezado a descorrer, para dar paso a Joel Chatham y a Hermann Gersten, los cuales salieron despacio.

En el segundo disco volante venían Laura Alien y el doctor Wang Smith, también ataviados con trajes de vacío.

—¡Increíble, pasmoso! — decía el médico de origen chino.

—¡Se lo dije, doctor! ¡Ésos son los seres que yo Vi! —exclamó Laura, extrañamente excitada.

También manipularon el control para salir del disco, cuando Hermann y Joel ya avanzaban, despacio, hacia los tres cuerpos tendidos en el suelo.

Kenor había levantado la cabeza, atónito ante lo que veían sus ojos entornados, a través del «sero negro». ¡Ante sí tenía a unos extraños animales, pues otra cosa no concebía que pudieran ser, cubiertos de piel plateada, y moviéndose sobre dos infladas extremidades!

Movían los brazos, llevando objetos singulares en sus manos.

—¡Huyamos, Euipe! —exclamó Kenor, de pronto—. Nos quieren aniquilar.

Euipe, aterrada, se levantó de un salto, dando media vuelta y echando a correr, seguida de Kenor.

—¡No huyáis! — gritó Joel Chatham.

—¡Detenlos con el paralizador! — ordenó W.B. a través de la radio.

Joel llevaba en la mano derecha una pistola paralizante. Apuntó a las dos figuras negras que huían y un chisporroteo azulado brotó en la boca del arma.

Kenor sintió un fuerte hormigueo en todo el cuerpo y cayó de bruces, al lado de Euipe. Cuando quiso hablar, su lengua se negó a obedecerle. Y esto le aterró. ¿Por qué había caído? ¿Quién y cómo le había derribado?

« ¡Estamos perdidos, Euipe! —pensó, desesperado—. No debí salir de la "ibora".»

Mientras Laura Alien y Wang Smith, avanzando a los otros dos, se acercaron a donde yacía Eboro, postrado, agarrándole del brazo y levantándole.

—Hemos de reconocerle... ¡Parece enteramente un sajón! Aparenta unos cuarenta años... ¡Pero este hombre no ve! ¡Está ciego!

Eboro movía la cabeza, pronunciando sonidos incomprensibles para los terrestres, como lo eran para él las voces que escuchaba en derredor suyo, emitidas a través de las radios.

Fue Hermann Gersten quien dio la sorprendente noticia, observando la jaula que había sacado del disco volante.

—¡La atmósfera de este mundo es semejante a la nuestra!

—O se le parece mucho. Hay que tener cuidado

—ordenó W.B., desde el puente de mando de la astronave —. Traed a bordo a esos individuos. Los examinaremos detenidamente en los laboratorios. ¿Cree usted que son humanos, señorita Alien?

—Si no lo son, es lo más parecido que he visto

—contestó ella—. Naturalmente, su lenguaje no es el nuestro. Espero que el doctor Wehrner pueda comprender algo, si encuentra alguna raíz filológica para comparar.

»Yo creo que se trata de seres inteligentes.

—Bien, vuelvan todos a bordo. Vamos a retirarnos inmediatamente. En el espacio efectuaremos las investigaciones.

* * *

Eboro, Euipe y Kenor fueron introducidos en los discos volantes, y luego, llevados al interior de la astronave, donde, a cubierto de los rayos de «Ota», Euipe y Kenor se despojaron del «sero negro» que protegía su cuerpo, para abrazarse y permanecer muy juntos, mirando en torno como animales asustados.

La paralización de sus cuerpos había durado unos minutos. Pero ya no intentaban resistirse. Ahora miraban a sus captores con recelo y desconfianza, asustados y extrañados a un tiempo.

Tampoco se daban cuenta de la admiración que habían despertado entre los terrestres, al sacarlos del disco volante, en una nave donde habían una veintena de aquellos aparatos de cúpula transparente. Seres con buzos azules les miraron de cerca, boquiabiertos.

Allí estaba Marcel Le Broque, desocupado a bordo, y al ver la figura de Euipe, su rostro, piernas y brazos, el asombro le dominó. ¡Jamás había visto una criatura tan hermosa como aquélla! Tenía la piel ligeramente amarillenta, pero sus ojos asustados eran grandes, su boca jugosa y sus líneas escultóricas.

El mismo asombro había causado Kenor, cuyas viriles proporciones eran tan perfectas o más que el mejor de los modelos de Phidias y Praxíteles.

W. B. también estaba allí, para recibir a los primeros habitantes de aquel insólito planeta. Su arden había sido terminante.

« ¡No hacedles daño alguno! ¡No asustarlos!

¡El doctor Smith los someterá a reconocimiento, en compañía de la doctora Alien! ¡Hay que lavarlos y desinfectarlos!

Para los tres cautivos, todo aquello había de ser algo jamás soñado. Eboro no hacía más que preguntar a su hija:

—¿Quiénes son? ¿Los entiendes, Euipe?... Me siento muy

cansado... ¡«Ota» se ha vengado de mí hoy!... ¿Qué lugar es éste? ¿Y ese ruido? ¿Qué hacen los enviados de los dioses?

Euipe no podía contestarle. Se vio conducida, por aquel ser que se había despojado del casco que cubría su cabeza, hacia una cabina. Kenor iba a su lado, sujetándola del brazo, mientras ella sujetaba a su padre.

Aquellos seres de distintos colores, de ojos distintos, pero de «piel» del mismo color azul, les estaban hablando y mirando, al pasar ante ellos. No podía comprenderlos. Más empezaba a darse cuenta de que nadie abrigaba malas intenciones hacia ellos.

Ignoraba si Laura Alien era un hombre o una mujer. Para Euipe, todos aquellos seres eran iguales, aunque distintos. Veía sonrisas de ánimo, expresiones de asombro, estupor... ¡O, al menos, esto le pareció a ella!

—Euipe, ¿dónde estás? —habló Eboro, de pronto, deteniéndose.

—¡Aquí, padre! ¿Qué te ocurre?

—No puedo más... Ahora siento... que me ahogo...

Eboro se llevó las manos a la garganta. El doctor Wang Smith, que estaba a su lado, observándole, gritó a Laura:

—¡Este hombre no reacciona a nuestro ambiente! ¡Pronto, una camilla!

Fue preciso sujetar a Eboro, cuyo semblante se había demudado, y luego tenderle en el piso metálico. Euipe gritó, forcejeando con Hermann Gersten y con Joel Chatham, que no la querían soltar. Pero Kenor, valientemente, empujó a los dos hombres con violencia poco común, lanzándolos al suelo, y permitiendo que su mujer se arrodillase junto a su padre.

—Hija, créeme... Se acerca mi fin. Yo no he hecho caso al furor de «Ota», y él me ha castigado, como nos castigará a todos, incluso a los enviados de los dioses... Tienes que hacerles comprender que «Aera» está condenado al exterminio... ¡Vamos a morir todos y no quedará nadie para echar nuestros cuerpos al «Imo»!

Wang Smith, con un radioscopio en la mano, examinó al ciego. Luego pidió un cardioestimulante, diciendo a W.B.:

—El corazón le falla, Comandante. Tiene un extraño enrojecimiento en la piel como quemado por radiaciones nocivas. No sé exactamente qué es.

—¡Llévele al quirófano! Nosotros nos ocuparemos de estos

jóvenes.

—Retiren a esa chica... ¡Y denle algo para cubrirse!

Euipe estaba completamente desnuda de cintura para arriba, porque en el forcejeo, el «sero negro» se le había caído. Y fue Laura Alien la que le proporcionó una cortina de un disco volante, poniéndosela sobre los hombros, a la vez que decía:

—Sé que no me comprendes, muchacha. Pero tápate con esto... Hemos de hacer algo por ese hombre que debe ser alguien muy querido de ti.

Kenor se acercó a empujar a Laura, para apartarla de Euipe, temeroso de que la cortina en que la habían envuelto fuese algo nocivo para ella.

Joel Chatham, empero, accionando su pistola paralizante inmovilizó al «aerae», dejándole trémulo y gimoteante.

—¡Vamos, vuelvan todos a sus puestos! ¡Vamos a despegar! —gritó W.B. a todos los que ocupaban el «hangar» —. No debemos permanecer sobre este planeta más tiempo que el absolutamente preciso.

En aquel instante, Marcel Le Broque se acercó a donde estaba W. B., a quien dijo, en tono altivo:

—Se convino que tomaríamos tierra para efectuar mediciones astronómicas en el lugar. Es preciso establecer exactamente el instante en que se producirá la fisión estelar.

—¿Cuándo tiempo necesitará usted para realizar esas mediciones?

—No lo sé concretamente. Veinticuatro horas, tal vez algo más. ¡Y convinimos que merecía la pena correr el riesgo, aunque yo opinase en contra!

W. B. vaciló sólo un instante. Luego, dijo:

—Está bien. Haga esas mediciones. ¿Qué necesita?

—Algunos aparatos del laboratorio astronómico.

—¡Vaya a buscarlos!... Joel, acompaña al señor Le Broque a la Torre n.° 3 y luego llévale al exterior.

—Sí, Walter.

Las órdenes se estaban cumpliendo rápidamente. Por un lado, el doctor Wang Smith, y algunos hombres, se llevaron a Eboro hacia la clínica de la astronave. Por otro, Laura y Hermann Gersten, con otros tres individuos, llevaron a Kenor y Euipe hacia otro

laboratorio, donde el severo filólogo, Hans Wehrner, conocedor de un sinnúmero de lenguas y dialectos, examinó a la pareja, haciéndoles unas preguntas en idiomas raros.

Laura intervino, diciendo:

—El Comandante ha dicho que se les desinfecte y se les examine, por si poseen alguna enfermedad contagiosa. Creo que es conveniente que usted, doctor Wehrner, haga sus ensayos mientras se les atiende.

—Sí, sí… Sólo necesito que hablen entre sí o me respondan —dijo el filólogo —. Llevaré una grabadora de mano. Pueden cumplir las órdenes del Comandante.

No fue fácil, empero, llevar a Kenor y Euipe a un baño. Laura y la profesora Singh se encargaron de Euipe, encerrándose juntas en un lavabo, donde fue preciso que Laura se metiera primero en la bañera de agua templada y jabonosa, para hacer comprender a Euipe lo que querían de ella.

Cuando, al fin, después de muchos esfuerzos, lograron introducirla en el agua, la nativa empezó a reír, como disfrutando. La lavaron bien, la secaron y luego le trajeron ropas femeninas, para terminar poniéndole un buzo azul, cerrado con cremalleras, como a todos los componentes de la expedición.

En otro compartimento, Hermann Gersten, Hans Wehrner y otros, habían hecho lo mismo con Kenor, lavándole y vistiéndole. Un ayudante del doctor Wang Smith había reconocido a Kenor, y luego hizo lo mismo con Euipe, encontrándolos en perfectas condiciones.

En cambio, en el quirófano, Wang Smith no tenía tanta suerte con Eboro, cuya vida se estaba apagando por momentos, sin que él encontrase medios para mantenerle con vida.

Allí estaba Walter Beladon, vivamente interesado.

—El organismo de este hombre es semejante al nuestro — explicó el médico chino —. Se podría decir que un terrestre, cuya evolución ha sido igual a la nuestra. Sus pulmones funcionan como los nuestros, y su riego sanguíneo también es igual. Sin embargo, hay notables diferencias, que pueden ser fruto de la alimentación.

—Haga por él todo lo que esté en su mano, doctor. Quiero un informe de su estado físico y condiciones. Sin embargo, comprendo que sin entender la lengua de este hombre le será difícil diagnosticar.

—Necesito tiempo.

—Tómeselo. Yo voy a efectuar una exploración exterior. Necesitamos conocer todo lo que podamos sobre estos seres extraños. Su morfología les hace semejantes a nosotros, aunque no lo sean... Si muriese, hágale la autopsia.

—Sí.

Al terminar de decir esto, W. B. salió de la sala de operaciones, para dirigirse al puente de mando. Tenía que dar instrucciones al personal, porque la situación, además de insólita, era precaria. Allí estaban jugando contra el tiempo. ¡Y W. B. tenía la impresión de que iban a suceder cosas importantes!

¡También presentía una acentuada sensación de peligro!

VI

Efectuaron un reconocimiento sobre el río de aguas densas y rosadas y sobre los monumentos megalíticos, para luego descender hacia la orilla del río y posarse junto a la «ibora» que había pertenecido a Eboro.

Hermann Gersten acompañaba a Walter Beladon.

—Es indudable que se trata de la única tribu que hay en este planeta — dijo W. B. a su acompañante, antes de accionar el conmutador que abría la cápsula del disco volante, para salir—. En el reconocimiento de altura sólo hemos visto mares, selvas y montañas. Esta gente se han agrupado en torno a este río, por existir aquí gran cantidad de piedras para levantar sus moradas.

—Yo deduzco que esos bloques caídos y rotos llevan aquí muchos años, cientos de años — aseveró Gersten—. Es como si fuesen refugios destruidos. Sería interesante conocer la historia de estas gentes.

—¿Y dónde están metidos? — preguntó W.B. —.

No se ve a nadie. Parece como si hubiesen huido.

Hermann se acercó a un hacinamiento de grandes piedras, dando una vuelta en torno, siempre con la pistola paralizante en la mano. Iban armados y provistos del traje de vacío, comunicándose por radio.

W. B. le siguió.

—¡Ahí dentro hay alguien! — exclamó el Comandante, de pronto —. He oído voces.

Dos enormes piedras, colocadas en forma de cúspide, permitían el paso de una persona. Hermann se agachó, para atisbar... ¡Y una gruesa piedra salió despedida con fuerza, golpeándole en el pecho y haciéndole perder el equilibrio!

—¡Cuidado! —exclamó W. B., aprestando su paralizadora.

Un grito extraño surgió del interior de la morada. Luego apareció un rostro, de ojos centelleantes, enmarañada y rubia cabeza.

—No le haga nada — dijo Hermann —. Es mejor que les dejemos en paz. No parece abrigar buenas intenciones, pero es innegable que están asustados.

Retrocedieron hacia la orilla del río, donde el suelo era más blando y más rojo. W. B. se inclinó para tocar aquella agua viscosa y de olor característico, como de podredumbre selvática.

—Esta agua lleva una gran cantidad de gérmenes — dijo W. B. —. Me extraña que puedan beber de aquí.

—Puede que la hiervan antes de bebería... Pero lo que a mí me extraña es que no salga nadie a contemplarnos. Sé que todos esos monumentos megalíticos están llenos de gentes.

Estuvieron recorriendo aquellas inmediaciones, durante un rato, y luego regresaron al disco volante.

—Vamos a ver cómo van las mediciones que efectúa Le Broque. Tengo deseos de saber si podemos permanecer más tiempo aquí. Me gustaría hacer algo por esta gente.

—¡Están sentenciados a muerte! —exclamó Hermann Gersten.

—Y no es eso lo malo, sino que puede que nosotros también. Por eso no estoy tranquilo.

Subieron al disco volante, sentándose ante el tablero de control. W. B. accionó el mecanismo que cerraba la cúpula y luego puso en marcha la cadena de pequeños reactores que movían la plataforma inferior, haciéndola girar silenciosa y rápidamente, para remontarse sobre las moradas de piedra.

Ignoraban que centenares de ojos atónitos les estaban mirando a través de las rendijas, entre las piedras. ¡Para los «aeraes» aquella visita era algo insólito e impresionante!

Sabían que se trataba de otros seres, posiblemente dioses venidos del más allá, pero que debían ser enviados por «Ota», el sol maligno, porque él era el que estaba en el cielo. ¡Y temían a «Ota», como temían a todo el que llegase enviado por él!

Era superstición e ignorancia muy propia de su primitiva y simple mentalidad. Y en su terror, viendo cerca al terrícola, uno le tiró una piedra, mientras imploraba el favor de «Ato».

W. B. y Hermann Gersten sospechaban algo de todo esto, al dirigirse hacia la colina donde Joel Chatham y Marcel Le Broque

estaban colocando sus aparatos de mediciones astronómicas. Era preciso emplear vidrios ahumados y retículas especiales, dada la tonalidad uniforme del cielo.

En cuanto se acercaron y descendieron, Marcel Le Broque informó:

—Estamos bombardeados por infinidad de partículas ultravioletas. No podemos quitarnos los trajes de vacío, aunque la atmósfera sea respirable. Parece ser que la capa atmosférica no es suficiente gruesa para protegernos de las radiaciones del sol.

—Lo he observado —contestó W. B. —. ¿Es éste un buen lugar para efectuar las pruebas de medición?

—Creo que sí. Ahora hay un sol en el cielo. Necesito esperar a que se ponga y surja el otro. Entonces efectuaré un sondeo orbital. Aunque habré de traer otros aparatos del laboratorio.

—¿Quiere usted que se los haga traer?

—No es posible, Comandante. He de ir yo mismo. Están fijos a sus trípodes y conectados.

—Está bien — contestó W. B., con desgana —. Pero dese prisa. Cada minuto que pasamos aquí aumenta el peligro.

—Habría de ser una gran casualidad que la situación estuviese tan grave como para no darme tiempo a efectuar las mediciones. Recuerde que una vez hechas, necesitaré bastantes horas para realizar los cálculos.

—Pero eso podrá hacerlo a bordo del «Kadmos» —apuntó W. B.

—Sí, desde luego — contestó Marcel Le Broque, dándose un aire de superioridad casi ofensivo.

—Bien, Joel, tenme informado de lo que ocurra — añadió W. B., volviéndose a su segundo.

—Descuida, Walter.

—¡Ah, y si necesitan ayuda, díganlo; se la enviaremos inmediatamente!

—Correcto.

* * *

Kenor sonrió al ver de nuevo a Euipe. Tanto ella como él iban ahora vestidos con los buzos azules de los seres que les habían conducido a su extraña y complicada «ibora» metálica, donde todo

cuanto veían les causaba asombro.

Con ellos estaban Laura Alien, la profesora Singh, el doctor Morano y el doctor Hans Wehrner, amén de otros ayudantes.

Se encontraban en una sala comedor y pretendían hacerles comer alimentos deshidratados y preparados, de acuerdo con el gusto de la Tierra. Para ello, el cocinero—jefe había preparado carne, queso, pescado congelado, vino, agua y frutas de cámara.

Sentados en sillas, frente a frente, Euipe y Kenor miraban en derredor y luego a los platos que les pusieron delante.

Laura, por indicación del doctor Wehrner, se había sentado junto a la pareja, y el cocinero—jefe le puso los mismos alimentos que a los «aeraes».

—Comer... comer, comer — decía Wehrner, incansablemente.

Laura comió con el tenedor, mostrando a la pareja cómo lo hacía.

—Esto es comida.

Kenor miraba en derredor. En su lengua dijo a Euipe:

—Éste es el alimento de estos seres.

—Sí... Y parece ser que quieren vernos comer.

—¡No comas nada!

Sin embargo, los terrestres, cansados de la impasibilidad de la pareja, sujetaron a Kenor y quisieron hacerle comer por fuerza. El doctor Morano quiso introducir en la boca de Kenor un trozo de pescado, y hasta le abrieron la boca, poniéndole el alimento en ella.

Kenor se limitó a escupirlo todo, dando muestras de asco y diciendo:

—No... no... no.

Hans Wehrner estaba grabando cada una de las palabras que pronunciaban los jóvenes. Había escuchado aquella negación varias veces e intentó imitarla, pronunciando como hacían ellos.

—No... no... no...

Sorprendidos, tanto Euipe como Kenor miraron a Wehrner.

—¿No? —preguntó Kenor.

—No — repitió Wehrner, del mismo modo.

Kenor y Euipe sonrieron, diciendo no varias veces. ¡Los terrestres acababan de aprender la primera palabra «aerae», y esto podía ser el principio de una inteligencia entre ellos!

Hans Wehrner tenía experiencia en su trabajo. Sabía cómo ligar frases en los dialectos más insólitos. Y solía decir que si una raza se

expresaba con la faringe, utilizando la lengua y la boca, él era capaz de comprender lo que hablaban.

Después de varias horas de sesión, los conocimientos del profesor Wehrner habían aumentado bastante. La pronunciación de bueno, malo, alto y bajo, así como sí y no, pasaron a engrosar sus conocimientos de «aerae». Él mismo enseñó a pronunciar a Laura y a los otros.

Sin embargo, pronto se llegó al convencimiento de que era preciso salir de la nave para comparar los nombres con los objetos y cosas que componían la vida cotidiana de los «aeraes», y para ello, Wehrner y Laura pidieron permiso a W. B., a fin de efectuar un nuevo reconocimiento en el exterior.

W. B. asintió, autorizando la salida, pero diciendo:

—Habrán ustedes de llevar escolta. Además, creo haber comprendido por qué esos nativos iban cubiertos de hojas. Según nuestros informes, en este planeta existe una intensa radiación. Eso debió ser la causa de la enfermedad del viejo que está agonizando en el quirófano. Él no iba protegido apenas con nada.

—¿Quiere decir que los dos nativos deberían ser protegidos?

—Sí. Póngales trajes de vacío para salir. No quisiera exponerlos a ningún peligro.

—De acuerdo — contestó Laura.

Media hora después, en tres discos volantes, el guipo compuesto por Euipe, Kenor, Wehrner y Laura, además de dos hombres armados con rifles de gran poder desintegrante, salían de la astronave, para volar hasta donde estaban las viviendas de los «aeraes».

Kenor y Euipe se habían resistido a ponerse los trajes de vacío, pero al ver que lo hacían Laura y los otros, dejaron la oposición, encontrándose incómodos allí dentro. Ahora, al salir del disco volante, se movían con torpeza.

—¿Cómo llamarse esto? —preguntaba Hans Wehrner, con frecuencia.

La pregunta, la entonación y su significado había costado tiempo a Kenor y Euipe poder comprender. Un juego de palabras y signos había sido suficiente. Y Kenor respondió:

—Esto... ser... «iboras»... Eso ser el «Imo».

Eran los rudimentos de un lenguaje, de una inteligencia, de una

comprensión, y el filólogo anotaba las respuestas y las repetía con un grabador portátil.

Así, hablando, Kenor y Euipe condujeron a sus nuevos amigos hacia la «ibora» en que ellos vivían. Él iba diciendo los nombres de las gentes que vivían en las «iboras» ante las que pasaban, hasta llegar a la que vivía Elmo, su padre.

Allí, Kenor se apartó del grupo, acercándose al bloque de piedra que servía de entrada.

—¡Padre, han venido los enviados del más allá!

—¡Aléjate de ellos! ¡Son los hijos de «Ota»! — le contestó la voz de Elmo, desde el interior —. ¿Y qué haces tú ahí afuera? ¿No te he enseñado a que es peligroso salir estando «Ota» en el cielo?

—Estamos protegidos... Son buenos con nosotros, padre... Me han querido dar de su comida, que es repulsiva y desagradable... Y me han dado... «seros» para cubrirnos. ¿No quieres asomarte a verme?

Elmo era prudente, pero también curioso. Y se acercó a la entrada de su «ibora», para ver a su hijo, al que no reconoció. Vio seis individuos, todos cubiertos con corazas metálicas. ¡No reconoció ni a su hijo, porque una pantalla oscura protegía sus ojos del sol!

—¡Vete, genio del mal! ¡Tú no eres mi hijo Kenor, sino un demonio maligno que le ha quitado su voz!

—No, padre. Soy tu hijo Kenor. Es que no me conoces por estar dentro de esta ropa —habló Kenos, avanzando hacia la entrada de la «ibora» de su padre.

Elmo no había atacado jamás a un semejante. Pero lo que tenía delante le pareció un enviado de «Ota» y se asustó. Por eso tomó una piedra del suelo y la arrojó contra su hijo, haciéndole retroceder.

Euipe, al ver aquello, intervino, gritando:

—¡No hagas eso, Elmo! ¡Es tu hijo, y *yo* soy Euipe, la compañera de tu hijo!

—¡Marchaos pronto de aquí! ¡No puedo creer lo que oigo! ¡Vosotros sois seres malignos!

Mientras, los terrestres habían permaná ido a un lado, sin decir nada, escuchando. Pero Hans Wehrner, se acercó a Kenor y le tocó el brazo.

—¿Qué ser esto?

—Mi padre no me quiere.

Wehrner no entendió.

Se fueron hacia la «ibora» de Kenor y Euipe, penetrando todos en su interior. Allí la pareja se sentó sobre las piedras y los cuatro terrestres estuvieron mirándoles.

—Casco… fuera… «Ota» no hacer daño —dijo Euipe.

Tampoco la entendieron. Pero estuvieron hablando durante un rato, y de las señas y gestos, Laura y Wehrner sacaron la conclusión real de la situación.

—Entiendo lo que quieren decir — dijo Wehrner—. Bajo este techo se protegen de la luz dañina. Aquí duermen mientras el sol malo está en el cielo. Cuando se ha puesto el malo y ha salido el bueno, ellos abandonan esto para ir al río a beber.

»El lenguaje de esta gente es muy simple. Tienen signos para cada idea. Y esos signos poseen una fonética. Hay algunos parecidos, pero de distinto significado, por lo que no se confunden. Nosotros hemos de buscarle sílabas a sus sonidos y clasificarlos como palabras. No es difícil conseguir esto.

En realidad, llevaban pocas horas juntos y Wehrner ya era capaz de entender muchos de los signos fonéticos que pronunciaban los «aeraes» repitiéndolos y buscándoles significado.

Para significar el sueño, Kenor se había tendido en el suelo, cerrando los ojos. Para comer se había llevado las manos a la boca. Para expresar la acción de caminar, había paseado en derredor de ellos. Tocaba las piedras y pronunciaba su nombre, así como el suelo, o fingía agarrar el aire. Luego se mostraba las manos, la cabeza, las piernas o los ojos.

Y todos aquellos datos, para una mente habituada a los lenguajes, como Hans Wehrner, eran revelaciones importantes. La mente del filólogo, ayudada por la grabadora que funcionaba sin cesar, anotando las palabras y repitiéndolas, era un pozo de conocimientos.

Por su parte, Laura Alien también anotaba una cantidad de datos acerca del modo de vivir de aquella raza, a la que estudiaba desde el punto de vista etnológico.

Después de varias horas de conversación, dentro de la morada, Laura había también realizado sorprendentes descubrimientos relativos a su especialidad. Los «aeraes» no tenían ninguna relación con los terrestres, pese a su singular semejanza, a menos que tuvieran un origen común y misterioso que se remontase al principio

de los siglos, lo que podía confirmar, si se demostraba, que alguna antigua civilización fue diseminando su especie por el universo.

En el aspecto biológico y morfológico no existía ninguna diferencia aparente entre ellos. Sólo eran hábitos, costumbres, progreso y civilización, porque, sin lugar a dudas, entre «aeraes» y terrestres existía una notable diferencia.

Los «aeraes» no conocían su propio mundo, a excepción de un sector, en el que nacían y morían. Los difuntos eran arrojados al río, en una sencilla ceremonia, porque «Imo» era el manantial de la vida y a él se lo debían todo.

El río de aguas encarnadas tenía gran importancia en la vida de aquellos seres, y por eso ordenó Laura a uno de los hombres de la escolta que fuese a recoger una muestra para su análisis químico. Suponía que en aquella agua de aspecto nauseabundo estaba contenido el alimento que los «aeraes» necesitaban.

También supieron de la existencia del «Ave» y de su extraño modo de gobernar, al estilo más primitivo que se conocía. Al cabo de ocho horas de intercambiar gestos, palabras y signos, tanto Wehrner como Laura sabían casi todo lo que necesitaban saber de los «aeraes».

Y, para entonces, ya habían transcurrido más de veintiocho horas desde que las dos razas entraron en conocimiento una de otra, y «Ota» ya se ocultaba tras el horizonte, ocurriendo un fenómeno que dejó un tanto perplejos a Kenor y Euipe, al ver eclipsarse lentamente la luz del día, en un tránsito nuevo para ellos.

—¡Se ha ido «Ota» y «Ato» no ha salido aún! —exclamó Kenor, asomándose a la puerta de su «ibora».

También habían salido otros coterráneos suyos.

Kenor, pese a llevar aún el traje espacial, salió. Por todo el poblado se comentaba el fenómeno, pero la oscuridad no era completa y el cielo podía verse tachonado de estrellas como en un grisáceo amanecer.

—¿No ocurre esto siempre? —preguntó Laura a Euipe, en la puerta de la «ibora».

—No... Es nuevo... Raro... —contestó la nativa.

Algunos «aeraes» se acercaron a la «ibora» de Kenor. Les miraron a distancia, con sumo interés. Laura pudo apreciar que eran todos de un parecido asombroso.

—Venid aquí... ¿Qué os pasa? ¿Es que no me conocéis con este nuevo «sero» que me han dado los enviados del más allá?

—Profesor — dijo uno de los dos guardianes —, la actitud de esa gente me parece amenazadora. Creo que deberíamos volver a los discos volantes y regresar a la nave.

Hans Wehrner no le hizo caso. Iba en pos de Kenor, hacia la multitud que se estaba congregando, porque cada vez acudían más «aeraes», y se hacía mayor el volumen de las conversaciones.

—Están nerviosos — dijo Laura —. Lo presiento.

—No hacer daño... No atacar a nadie... Ser sumisos y dóciles — intentaba explicar Kenor a Wehrner —. No temed nada.

Pero los «aeraes» estaban excitados. El instinto les advertía que la llegada de la astronave había causado un trastorno y, después de ocultarse el astro del mal, «Ato» no quería salir a darles luz... ¡Y de esto sólo los extranjeros jamás vistos podían tener la culpa!

Pero no eran capaces de atacar. Y como, tanto Kenor como el grupo de terrestres se acercaban a ellos, optaron por retroceder, asustados, para luego huir en desbandada, profiriendo terribles gritos.

En un instante, el poblado quedó desierto y Kenor se volvió a Euipe, diciéndole:

—Nuestros amigos nos dejan. Estamos asustándolos.

—Yo también estoy muy asustada, Kenor. Hemos de quitarnos estos «seros» y acudir al «Ave» a explicar lo que ocurre.

—Sí, eso es lo más juicioso — Kenor se volvió a Laura y le habló diciendo —: El «Ave» debe saber de vuestra llegada. Hemos de explicarle quienes sois y que no queréis hacernos daño. De lo contrario, huirán todos y son capaces de quedar a la intemperie cuando aparezca de nuevo «Ota».

—No, eso les perjudicaría —asintió Laura, comprendiendo con dificultad—. Antes, sin embargo, hemos de hablar con nuestro «Ave». Él es quien nos dirige a nosotros. Venid. Puede que nuestros sabios nos expliquen por qué no ha venido hoy «Ato» a veros.

Con desgana, Kenor y Euipe se dejaron conducir a donde estaban los discos volantes. Y allí se encontraron con una desagradable sorpresa. Los «aeraes» habían arrojado piedras sobre los aparatos, inutilizándolos.

—¡Esto es lo que me temía! — exclamó uno de la escolta—. Si

nos echan la culpa de sus males, se volverán agresivos.

Probados los discos volantes, ninguno estaba en condiciones de funcionar, dada la cantidad de piedras que les habían arrojado, estando las cúpulas abiertas. Wehrner, sin embargo, llamó a W. B. por radio y pidió el envío de seis discos, para recogerles.

Pero mientras esperaban, Kenor y Euipe, puestos de acuerdo, optaron por huir, saliendo a la carrera, con los equipos de vacío puestos, y fue preciso paralizarlos con las armas de la escolta.

Kenor y Euipe cayeron al suelo, inmovilizados. Poco después, eran introducidos en los discos volantes que vinieron a recogerlos, mientras otro grupo de terrestres quitaba las piedras de los aparatos averiados, para rescatarlos.

Aquellos hombres habían de ser atacados a pedradas, poco después, por los excitados «aeraes», que se acercaron sigilosos… ¡La lucha había comenzado!

VII

En vista del cariz que tomaban los acontecimientos, W. B. avisó a su segundo, Joel Chatham que le enviara una escolta de cuatro hombres armados, para que les protegieran de un posible ataque de los «aeraes».

—Nos interesa mucho que Le Broque termine esas mediciones —aclaró Beladon —. Nosotros vamos a intentar convencer a esta gente de que no traemos intenciones malas. Por eso he resuelto que vengas a hacerte cargo del mando de la astronave, Joel. Uno no sabe lo que puede ocurrir.

—¿Quieres que vaya yo a vérmelas con esa gente? — preguntó Joel.

—No. Eso deseo hacerlo yo. Tú ocuparás mi puesto aquí… Y los hombres protegerán y vigilarán a Le Broque.

—De acuerdo. Pero dice que debe ir a la Torre n.° 3, en busca de nuevos equipos.

—Que lo haga, pero acompañado de alguien. Da órdenes al respecto. Ese tipo no me gusta nada.

—¿Crees que pudo tener algo que ver con la muerte de Henri Priss? ¿Eso es lo que crees?

—Pudo ser causante indirecto. Y no me gustaría que ocultase pruebas. La experiencia me ha demostrado que hay tipos capaces de cualquier cosa con tal de salir con la suya.

—¿Odias a Le Broque? —preguntó Chatham.

—¡Vamos, vamos, Joel! ¡Yo no odio a nadie! Pero sé que entre él y Laura ocurrió algo, que ninguno de los dos quiere decir, y eso podría ser la causa de su enemistad.

—Está bien, de acuerdo. Se hará como tú dices, Walter.

W. B. cerró la radio y se encaminó a la cabina del doctor Hans Wehrner, donde estaban Kenor y Euipe, sentados en sendas sillas,

ante la mesa del filólogo. Allí estaba también Laura.

—¿Qué han averiguado? —fue lo primero que preguntó W. B., al entrar.

—Bastante — respondió Laura, entusiasmada.

—Casi nos entendemos ya con ellos. Su lenguaje es sencillo. Pero está sucediendo algo singular. Según parece, en este planeta se pone un sol y sale otro por el lado opuesto. Es la primera vez que se ha ocultado uno y no ha salido el otro hasta poco después. Y ese fenómeno tiene muy preocupados a esta gente.

—He observado el fenómeno. Marcel Le Broque está trabajando en esa cuestión, que, sin duda, está relacionada con el próximo fin de de este planeta — contestó W. B.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió Laura—. Los nativos están soliviantados. Son gentes de un natural pacífico, sumisos y nada belicosos. Pero creen que nosotros hemos hecho algo para dejarles sin su astro—dios bueno.

—Han de convencerles ustedes de que nosotros nada tenemos que ver con eso. Pero no es conveniente decirles que «Uno» está en trance de desaparecer. Desde luego, no podemos llevárnoslos a todos de aquí. Sólo tenemos espacio y alimentos para una veintena.

—¿Es que ha pensado sacarlos de aquí? — preguntó Wehrner.

—He pensado muchas cosas, y la más importante es que no soy nadie para dejar que se extermine una raza — contestó W. B., secamente.

Kenor y Euipe escuchaban, sin comprender, mirando ora a uno ora a otro. Por su parte, Wehrner hizo un resumen a W. B. de lo que habían averiguado, y terminó diciendo:

—Propongo, no obstante, que si hemos de llevarnos a alguien, sea a esta pareja.

—Pregúnteles si están dispuestos a venir con nosotros. Ya conocen ustedes las leyes de la Unión de Naciones — recomendó W. B.

Laura se encargó de hacer comprender a la pareja de «aeraes» la conveniencia de quedarse con ellos en la astronave. Pero tanto Kenor como Euipe negaron con la cabeza.

—No ir con vosotros... Vida nuestras aquí... Alimentos no gustar... «Imo» ser bueno.

Intervino Wehrner, recurriendo a su mayor dominio del lenguaje,

pero tampoco logró resultado positivo alguno. Y en esta polémica, el fonovisor de Wehrner se iluminó, apareciendo la imagen del doctor Wang Smith, quien dijo:

—El hombre que tengo aquí se muere...Repite algo incesantemente. Sería conveniente que viniera usted a ver si logra averiguar algo. Por si le sirve de algo, pronuncia algo así como «Eipe», o «Uipe».

—¡Está llamando a la muchacha! — exclamó Wehrner.

—Llévenla a su lado. Acompáñela usted, Laura. El doctor Wehrner vendrá conmigo a ver al jefe de esta tribu. Que venga con nosotros el joven.

—Sí.

* * *

Kenor comprendió lo que Wehrner quería decirle y asintió, volviéndose a su compañera, a la que dijo:

—Tu padre te llama. Ellos tienen un médico que cura las enfermedades, pero quien no puede hacer nada por tu padre. Desean que vayas a su lado.

—¡Yo he comprendido, Kenor, pero quiero que tú también vengas!

—No puedo. He de ir con el «Ave» de ellos a ver a nuestro «Ave». Nuestros hermanos están asustados, como lo está mi padre. Es preciso ayudarles. Si se alejan de las «iboras» y aparece «Ota», pueden sufrir mucho.

Euipe comprendió las razones de su compañero y accedió al fin, yendo con Laura hacia el quirófano de la astronave, a ver a su padre, mientras que Kenor, W. B. y Wehrner se dirigían al hangar, donde subieron en dos discos volantes, en compañía del doctor Morano, que insistió en acompañarles.

Para salir del «Kadmos—U—9» se abría una compuerta lateral, y las pequeñas naves auxiliares se deslizaban de costado, girando sobre sí misma, pero sólo la base reactora, porque los viajeros no se movían dentro de su cúpula, y podían trasladarse a donde quisieran, dentro de un reducido radio de acción.

Kenor, que acompañaba a Wehrner, indicó a éste la dirección de la morada del «Ave», pero no era necesaria explicación alguna,

porque desde el aire podía verse una gran muchedumbre reunida en torno al lugar donde querían ir.

Eran unas mil personas, casi todos hombres, que al ver los discos volantes cernerse sobre ellos, huyeron en todas direcciones, profiriendo grandes gritos.

También pudieron ver, tanto W. B. como Hans Wehrner, a mucha gente tendida a lo largo del río, bebiendo el líquido rojo con las manos, pero se asustaron y huyeron también.

«Ato» había asomado, al fin en el horizonte y la luz se había hecho en «Aera», pero la penumbra había durado el tiempo suficiente para que el pánico hiciera a los «aeraes» acudir ante la morada del «Ave».

Al descender las dos pequeñas naves, el lugar había quedado desierto por completo. En la entrada de la gran «ibora», empero, estaban los Hermanos, como pretendiendo cerrar el paso con su cuerpo a los extranjeros.

Kenor y Wehrner se acercaron primero, a una señal de W. B., que estaba con su acompañante a bordo del disco volador, provisto de armas paralizantes, por si los aborígenes adoptaban alguna actitud agresiva.

Y fue Kenor quien habló al Hermano mayor, Wemo, que parecía sobrecogido, diciéndole:

—El «Ave» de los enviados del Más Allá quiere hablar con el nuestro, Wemo.

—¿Cómo es que estás con ellos, Kenor?

—Fui a ver lo que ocurría, cuando escuché el Gran Ruido.

—No debiste salir. El «Ave» te castigará por eso... ¡Has cometido una grave falta y serás desterrado a la Gran Selva!

—No, ellos son amigos nuestros. Vosotros estáis asustados y no tenéis que temer nada... Y te diré más. Si no quiere el «Ave» recibir al «Ave» de los enviados del Más Allá, ellos tienen poder parar aniquilaros a todos. De nada os servirá que forméis barrera en la puerta. Tienen armas que os echarán al suelo.

Al oír esto, los Hermanos retrocedieron sobrecogidos. Wemo, empero, aguantó allí, pese a su terror, porque había visto cosas asombrosas, y luego dijo:

—Está bien. Espera ahí con ellos, Kenor. Se lo diré al «Ave» y que él decida.

Kenor informó a Wehrner de lo que había dicho Wemo, mientras éste retrocedía. A su vez, Wehrner informó a W. B., quien aprobó, comentando:

—Esperemos, pues.

La espera no fue larga. Unos minutos después reapareció Wemo, echándose al suelo, boca abajo y extendiendo los brazos adelante, mientras decía:

—El «Ave» dice que podéis entrar, pero no podréis salir si algo malo le hacéis, porque me ha dado orden de llamar a toda la tribu en torno a la mansión.

Traducida aquella condición, W. B. meditó un instante. Luego, habló por radio con Joel Chatham y se puso de acuerdo con él, para, a continuación, seguir a Kenor y a Hans Wehrner hacia el interior de la oscura mansión del «Ave» de «Aera», en donde tendría lugar la conferencia.

* * *

Marcel Le Broque, por su parte, continuaba sus trabajos, efectuando cálculos acerca de la puesta del primer sol y la salida del segundo. Había observado la tardanza de «Ato» en aparecer y esto fue un dato revelador para él, puesto que poseía observaciones previas efectuadas desde el «Kadmos—U—9», para poder constatar.

También observó que el nuevo astro carecía de radiaciones ultravioletas, y por tanto no era dañino. Necesitaba, empero, efectuar otras comprobaciones, para terminar su trabajo, y se dirigió a uno de los hombres que le protegían, vigilándole:

—Tengo que ir al «Kadmos» a buscar unos aparatos. ¿Quién me acompaña?

—El Segundo dijo que fuese Talbot —respondió el hombre.

Talbot asintió, yendo con Le Broque. Durante el breve trayecto, el astrónomo aludió a la vigilancia de que era objeto, diciendo:

—W. B. no parece tener confianza en mí, desde la muerte de mi maestro. Y eso me indigna.

—Yo no puedo inmiscuirme en los motivos que tiene W. B. para hacer las cosas. Él es el responsable.

—Sí, pero le, gusta la señorita Alien y no ve con buenos ojos que nadie la contradiga. Para mí que tiene algo con ella.

Talbot era un hombre dedicado a la conservación de la astronave, sin título técnico, y hombre poco culto. Él también había encontrado agradable a la etnólogo. Por eso sonrió, diciendo:

—Donde hay comandante no manda soldado.

—¡Pero eso viola los derechos democráticos de todos los demás!

—Sí, pero...

—Se habrá de investigar la conducta de W. B. cuando regresemos a la Tierra.

—Yo no tengo nada contra él.

—¡Pero está casado y no debe tener relaciones ocultas con una mujer soltera! —replicó Le Broque, vertiendo su veneno en el otro.

—No, ¡claro que no! Aunque eso es muy delicado... Sin pruebas, es comprometedor decir nada.

—¡Yo tengo esas pruebas! —afirmó secamente Le Broque.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Dónde están?

—En la grabadora oficial del puente. Ahora que no está W. B. allí podemos escuchar muchas cosas que le comprometen. Estoy seguro de que la declaración que hizo Laura Alien, acerca de la muerte de mi maestro, está apañada. Con lo que yo dije, esa mujer no debería estar suelta y yo vigilado.

Le Broque sabía hacer bien las cosas. Cuando penetraban en el hangar, deteniendo el disco volante, dijo, como descuidadamente:

—Y falta mucho aún para volver a la Tierra. Sería interesante poder estar un rato con esa mujer... Tú y yo, por ejemplo. Si comprobamos que se amañó su declaración la pondremos en un compromiso.

—¿Puede ser eso? —preguntó Talbot, en voz baja.

—Claro que puede ser. Sólo tenemos que escuchar lo que yo dije y lo que dijo ella. La contradicción estará arreglada por W. B. ¡Podemos ir a escucharlo!

—Pero allí estará Joel Chatham — objetó Talbot, dudando.

—Hay muchas formas de hacerle salir del puente... Podemos provocar un pequeño incendio.

— ¡Hum! Eso sería peligroso.

—Nada de eso. Un incendio que les tenga entretenidos media hora. ¡Y el fin justifica los medios!

Talbot continuaba dudando. Pero mientras subían hacia la Torre de Observación Astronómica, Le Broque terminó de redondear su plan.

—No correrás ningún riesgo. Sólo tienes que seguirme. Es tu obligación. Yo prenderé fuego al depósito de maquinaria de repuesto. No se perderá nada, y eso entretendrá a todos. Mientras, nosotros fingiremos estar en la Torre n.° 3, trabajando, ajenos a todo.

—¿Y podré yo beneficiarme de Laura Alien?

—Si metemos en un puño al Comandante, podrás hacer lo que te dé la gana... ¡Incluso llevar a tu cabina a la aborigen esa que han encontrado!

—¡Diablos, es muy hermosa! —cacareó Talbot, empezando a sentirse interesado—. ¿Y qué tengo que hacer?

—Nada. Sólo acompañarme... Además, te han dado órdenes de no dejarme solo ni un momento. Y eso me hace pensar en que has tenido suerte.

Llegaron a la Torre n.° 3 y Le Broque, ya contando con la complicidad de Talbot, estuvo unos instantes manipulando en los restos del televisor telescópico que costase la vida a Henri Priss. Sabía que el otro no diría nada.

Luego, salieron y, por un ascensor magnético, se dirigieron hacia la parte inferior (popa) de la astronave, utilizando pasillos intransitados, hasta llegar al depósito de maquinaria de repuesto.

Allí, Le Broque derramó un bidón de petróleo, prendiendo fuego a una estopa, de suerte que al calentarse una lámina de plástico, el fuego caería sobre el petróleo derramado. Esto les daba tiempo de volver a la Torre n.° 3, donde esperarían la alarma, para luego dirigirse al puente.

Una vez preparado el sabotaje, los dos huyeron rápidamente.

* * *

Laura estaba con el doctor Wang Smith, en la sala de operaciones, donde Euipe hablaba con su padre, cuya muerte parecía inmediata, pero que no terminaba de extinguirse.

—¿Qué dolencia tiene? —preguntó Laura al médico.

—Todo él es como un enorme cáncer, producido por radiaciones

ultravioletas, si no me equivoco. Es conveniente protegerse de los rayos del sol de «Uno».

—Son dos soles. Uno es benigno y el otro nocivo — respondió Laura—. Eboro debió estar expuesto a las radiaciones malignas.

—¿Sabe usted de lo que están hablando? — preguntó el médico.

—Entiendo muy pocas cosas... Pero me parece comprender que dice algo de una gran calamidad que ha ocurrido o tiene que ocurrir... Déjeme atender... El doctor Wehrner es el más indicado para interpretar esos sonidos. Espero que luego nos diga Euipe lo que su padre le ha dicho.

El timbre de alarma, sonando insistente en todos los rincones de la enorme astronave sideral, les hizo volverse sobresaltados.

—¿Qué ocurre? — preguntó Laura, temerosa de alguna desgracia.

—¡Fuego en la cámara de maquinaria de repuesto! ¡Acudan todos los que estén libres de servicio! ¡Tomen los extintores de incendio!

Era la voz de Joel Chatham, hablando desde el puente.

—Quédese usted aquí Laura. Ya no puedo hacer nada más por ese hombre — dijo Wang Smith, precipitadamente—. Hay gente fuera de la nave y necesitarán manos.

—¡Sí, corra, por el amor de Dios!

El médico se fue y Laura quedó sola en presencia del moribundo y su hija. Eboro hablaba ahora en tono apenas audible, musitando sus palabras sin mover ni un músculo.

Al cabo de un rato, enmudeció y se contrajo.

Euipe, entonces, se levantó despacio y se volvió a Laura.

—Eboro haberse ido ya —dijo en su lenguaje, o tal le pareció entender a Laura.

—Ven conmigo... Descansarás en mi cabina...

—Eboro debe ir al «Imo»... Hay que llevarle al «Imo».

Esto no pudo entenderlo Laura, pero no importaba. Al salir del quirófano, cerró la puerta y cruzó varios pasillos, hasta llegar a las cabinas del personal técnico. Allí, abrió la puerta y encendió la luz.

Su litera estaba arreglada, fuera de su armario. La doncella había preparado el lecho para que durmiera, pero ella no se había acostado, pesé a que los ojos se le cerraban de sueño. Consideró, sin embargo, más importante hacer que descansara Euipe.

—Tú dormir ahí... Lecho blando... Calor... Estar bien.

—Yo dormir con Kenor —contestó Euipe, secamente.

Laura, para demostrar a la otra lo que debía hacer, se echó sobre la litera, para luego levantarse y repetir:

—Tú ahí... Hacer como yo... Échate ahí.

Euipe, tercamente.

—No... Yo dormir con Kenor —respondió

Laura optó por dejarla estar, esperando que el cansancio la agotase. No pensaba dejarla salir de allí hasta que W. B. no lo ordenase. Pero estaba preocupada por el incendio, y por eso llamó al puente, donde debía estar Joel Chatham, utilizando el fonovisor interior.

Se sorprendió al ver que no contestaba nadie.

Por otra parte, Euipe continuaba de pie, en medio de la estancia.

—Deberías dormir — rezongó Laura —.Yo tengo que ir a ver lo que ocurre, y no es cosa de llevarte a todas partes.

—Kenor... ¿Dónde está Kenor?

—¿Qué dices de Kenor? No logro entenderte, hija mía.

—Ir con Kenor.

—Kenor vendrá aquí. Ha ido a ver al «Ave»... ¡Al «Ave»! ¿Entiendes?

Pero Euipe no entendía. Y lo que hizo, de pronto, fue dar media vuelta y dirigirse rápidamente hacia la puerta, con ánimo de abrirla y salir.

Y la aborigen no era tonta. Había visto a Laura echar el pestillo, y supo cómo descorrerlo. Pero la puerta se abrió en aquel instante, empujada desde fuera, al descorrer ella el pestillo, apareciendo Marcel Le Broque, seguido de otro individuo:

—¡Aquí están! ¡Te lo dije, Talbot! —masculló Le Broque—. Y están las dos. Ella ha sido la que ha llamado al puente.

Euipe, ante el obstáculo de Le Broque, retrocedió, instintivamente asustada. Él entró y lo mismo hizo Talbot, que ahora empuñaba una pistola paralizante y sonreía de un modo salvaje, mirando a la hermosa Euipe.

—¿Qué significa esto? —preguntó Laura, poniéndose en pie:

—¡Cierra la puerta, Talbot! — ordenó Le Broque.

El conservador mecánico entró y cerró a su espalda.

Laura se dirigió de un salto hacia el circuito de comunicaciones, a fin de dar la alarma, pero Talbot se anticipó, oprimiendo el gatillo de su arma paralizante.

La muchacha se contrajo y, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo. Euipe gritó, llena de terror, pero una nueva descarga la inmovilizó, enmudeciéndola al mismo tiempo.

—¡Laura Alien es para mí! ¡Aquí no nos encontrará nadie! Luego diremos que hemos estado en la Torre n.° 3 y que no nos hemos movido de allí, trabajando en el equipo de observación… ¡Éste es nuestro momento, amigo Talbot! ¡La insensibilidad les durará unos diez minutos! ¡Para ti esa hermosa criatura rubia!

Talbot era un salvaje nato, aunque tuviese la capa de la civilización. Y haciendo honor a su condición, descorrió la cremallera del buzo que cubría a Euipe, empezando a quitárselo.

La infeliz podía verle y sentirle, pero era incapaz de moverse, ni de hablar siquiera. El terror, empero estaba en su mente, afianzado ya como una horrible obsesión… ¡Y ni siquiera podía evitar que Talbot hiciese con ella lo que le viniese en gana!

Marcel Le Broque, más refinado, se había arrodillado junto a Laura, cogiéndola del rostro y mirándola fijamente a los ojos.

—Yo no soy Beladon, ¿eh?… Pero es igual, preciosa. Soy más joven que él… Y no te aconsejo decir a nadie lo que ha ocurrido aquí. No te creerían. Talbot es testigo a mi favor… ¡Esa salvaje no entiende nuestra lengua y no puede hablar!

»Pero si pretendes denunciarme, puede que te ocurra algo. Yo no soy de los que se dejan engañar por una mujer.

Y al terminar de decir esto, Marcel Le Broque besó con fuerza a Laura, aprovechando que no podía moverse, debido a la parálisis.

¡El canalla puso pasión en su boca!

VIII

El grupo de terrestres, dirigidos por Kenor, llegó hasta la gran piedra, sobre la que estaba tendido el «Ave», con sus ojos muy abiertos y brillantes, mirándoles.

Kenor fue el único que se tendió, como hicieron los Hermanos, en señal de sumisión, y como era costumbre. W. B., Wehrner y Morano permanecieron en pie.

Hans Wehrner, sin embargo, se adelantó y tomó la palabra, pronunciando los signos «aeraes» sin mucha dificultad. Cometió, empero, muchos errores, pero el «Ave» le comprendió. Su discurso fue así:

—Procedemos de un mundo lejano y civilizado y hemos venido a explorar «Uno», que vosotros llamáis «Aerae». No traemos malas intenciones, y os queremos ayudar.

—¿Cómo has aprendido nuestra lengua? ¿Qué dios te envía?

—Mis dioses son distintos a los vuestros, «Ave» — contestó Wehrner —. Y esta lengua que pronunció con dificultad la he aprendido con la ayuda de Kenor y su compañera. Nosotros poseemos máquinas, que son aparatos que ayudan nuestros brazos y nuestras mentes, para trabajar y comprender mejor.

»Éste que ves aquí es nuestro «Ave», cuya rectitud es loable y buena. Y hablo por boca de él, puesto que, sabiendo mucho, no sabe vuestra lengua.

—Calla ya, enviado del Más Allá — exclamó el «Ave», furioso —. Vosotros nos habéis traído el mal. «Ato» no ha asomado a su debido tiempo, por vuestra culpa. Os habéis llevado por fuerza a nuestros hijos y les habéis arrebatado su saber... ¡Sé que el poder de «Ota» es grande, pero nosotros sabemos protegernos de él bajo estas grandes piedras!

» ¡Y no queremos saber nada de vosotros! Por eso os pido que os

vayáis.

Kenor, en el suelo, levantó la cabeza para intervenir, diciendo:

—Pídeles también que me devuelvan a Euipe y yo les devolveré sus «seros» extraños, «Ave».

Wehrner se había vuelto hacia W. B. para traducir lo dicho por el «Ave». Durante unos instantes, todos hablaron a un tiempo: el «Ave» desde su piedra, culpando a Kenor; éste defendiéndose y alegando haber actuado con honradez... ¡Y fuera de la mansión, los «aeraes» vociferando y pidiendo a los terrestres que se fueran con su «ibora alta»!

W. B., empero, dijo a Wehrner, sin hacer caso a todas aquellas voces:

—Dile a ese hombre lo que ocurre, que este planeta está destinado a desaparecer, y que nuestra intención es salvar a los niños, para que sean atendidos en otro mundo o en la Tierra... ¡Dile que no deseo que se extinga su raza, por la semejanza que tiene con la nuestra!

—Sí, Walter... Se lo diré y me escuchará — contestó Hans Wehrner, estimulado por las altruistas palabras del Comandante de la expedición.

Se volvió, pues, y su voz sonó recia, acallando al «Ave» y a Kenor.

—Mi «Ave» dice que estáis sentenciados y que no os puede sacar a todos de aquí, porque sólo tenemos una nave y no cabéis todos en ella. Pero que desea favorecer a los niños, que son los que mejor pueden adaptarse a otro ambiente.

«Tienes que autorizarlos a venir con nosotros a nuestro mundo o al que estimen nuestros «Aves» de la Tierra.

Kenor se había vuelto a escuchar a Wehrner. El «Ave», desde su roca, también escuchaba con interés, y lo mismo hacían los Hermanos, que habían levantado la cabeza del suelo.

—Ya lo habéis visto. Uno de vuestros soles amenaza con aproximarse al otro. Habrá una gran explosión de fuego, y todos moriréis. El fin de «Aera» está cerca, y nosotros queremos ayudaros.

Eran, poco más o menos, las mismas .palabras que el ciego Eboro había dicho a Wemo, el Hermano Mayor, y que éste transmitió al «Ave»... ¡Y eso ocurrió antes de que llegaran los hombres del cielo!

¡«Ota» se había mostrado colérico, estando más tiempo del normal, sobre ellos, según el «Ave» había podido comprobar en una

curiosa clepsidra que había construido para conocer el tiempo! ¡Y por si fuera poco, «Ato» apareció tarde a su cita con sus fieles, dejando el cielo sumido en la oscuridad durante unos instantes y prolongando el crepúsculo, lo que permitió al «Ave» ver puntos rutilantes en el firmamento!

¿A qué obedecía todo aquello? ¿Era cierto lo que dijo haber visto Eboro en su mente? ¿Era cierto lo que estaban diciendo los enviados del Más Allá?

«Ave» estaba confuso. Le sorprendía el atuendo que vestían aquellos seres y los objetos brillantes que empuñaban —porque Hans Wehrner estaba grabando toda la conversación, para estudiarla después con detenimiento —, que eran totalmente nuevos para él.

Pero en su mente había inquietud. Por eso preguntó:

—¿Cómo sabéis que nuestro mundo está llegando a su fin?

—Nosotros estudiamos las estrellas desde hace muchísimo tiempo. Conocemos los mundos que hay en el universo y hemos estudiado éste, al que conocemos con el número 12.457 CGTM... Nuestros estudios son muy grandes y completos y sabemos muchas cosas que vosotros ni podéis imaginar siquiera. Lo sabemos y es así. Pero cuando lo sepáis vosotros, ya será demasiado tarde.

El «Ave» miró a Wehrner y luego a Beladon, que estaba situado inmediatamente después.

Entonces dio una muestra de su sabiduría, preguntando:

—Y si sabéis que nuestro mundo va a morir, ¿por qué habéis venido vosotros?

—Ya te he dicho que nuestro «Ave» no quiere que desaparezca vuestra raza y desea salvar a los que pueda.

—¿Quiere que le demos nuestros hijos?

—Sí.

—Eso no está bien. Los hijos deben estar con los padres.

—No podemos llevar a tantos.

—Pues no os llevaréis a ninguno. Además, lo que sea de uno será de todos. Si este suelo se destruye y morimos, la misión para la que hemos venido aquí se habrá cumplido.

«Formamos un pueblo estoico que hemos soportado muchas calamidades. No luchamos nunca contra la adversidad ni nos rebelamos contra los designios de los dioses, que son más poderosos que nosotros.

»Si no queréis perecer con nosotros, id, pues, y demostrad así que vuestras intenciones son buenas, devolviéndonos a Euipe y a su padre, al que tenéis en vuestra «ibora» volante. Y cuando os hayáis marchado, dejándonos como estábamos, creeré que sois nuestros amigos.

Hans Wehrner se sorprendió de aquellas palabras. En el lenguaje de los «aeraes» tenían un sentido mucho más maravilloso que dichas en otra lengua. Y procuró traducir tal y como las había entendido, para que Walter Beladon pudiera comprender su exacto significado.

Mientras el filólogo traducía, el silencio se había hecho en el interior de la caverna, no así en el exterior, donde el número de congregados era mucho mayor.

W. B. comprendió y respondió:

—Dile que aprecio la sabiduría que encierran sus palabras, pero que nos juzga mal e injustamente. Morirán y será una lástima que una raza semejante, a la nuestra, mucho más perfecta en aspecto, se pierda por su poca fe. Dile que nos iremos, sí, y que les devolveremos a sus congéneres, porque nuestras leyes nos prohíben raptar a nadie contra su voluntad.

»Pero diles también que cuando se arrepientan de lo que hacen, ya será demasiado tarde para ellos.

Wehrner obedeció, y, después de reflexionar brevemente, el «Ave» contestó:

—Marchaos. Hablaré con mi tribu y les diré lo que me habéis dicho. Si ellos quieren irse con vosotros, aceptadlos. No deseo que mi agotado cerebro enjuicie mal este asunto... ¡Pero si yo opino de este modo, todos estarán de acuerdo conmigo!

—No hay mucho tiempo para decidir — añadió Hans Wehrner.

—Yo he decidido ya. Ahora faltan ellos. Marchaos y esperad mi decisión.

* * *

El fuego, en la cabina de maquinaria de repuesto fue prontamente dominado con el esfuerzo de todos los hombres libres de servicio, entre los que estaban Joel Chatham y Hermann Gersten. Fue, precisamente, este último quien penetró dentro de la cabina, con un potente extintor de aire frío, apagando las llamas, mientras el pasillo

se llenaba de personal que había acudido a la llamada urgente de Chatham.

Cuando el fuego fue dominado, Hermann habló con Joel, diciéndole:

—Curioso fuego éste. Apostaría doble contra sencillo a que ha sido deliberado.

—¿Quieres decir que alguien ha prendida fuego intencionadamente a esta cabina?

—Algo de eso.

—¿Con qué objeto?

—No lo sé. Tal vez con ánimo de causar un prejuicio, provocar un sabotaje o... —Se interrumpió al ver acercarse al doctor Wang Smith —. Hola, doctor, ¿usted también por aquí?

—Sí. Nuestro paciente ha muerto. Al escuchar la llamada de alarma, comprendí que podía ser útil.

—¿No estaba Laura con usted? —quiso saber Hermann.

—Sí. Se ha quedado con la muchacha indígena. ¿Qué ha sucedido aquí?

—No lo sabemos — contestó Joel Chatham.

—¿Está sola Laura con esa nativa? —exclamó Hermann —. ¿Y ha muerto su padre?

—Sí.

—Será mejor que vaya con Laura. No me gustaría que le sucediera nada.

Antes de que nadie pudiera detenerle, Hermann se alejó, caminando a buen paso hacia la cabina de ascensores magnéticos. Subió al piso donde estaban el quirófano y penetró en aquel lugar, empujando la puerta giratoria.

Solo, en el centro de la sala, sobre la mesa de operaciones, estaba el cadáver de Eboro. Hermann quedó sorprendido y perplejo. Luego, dio media vuelta y salió al pasillo, dirigiéndose por el solitario pasillo principal, hasta la cabina de Recreo, que también estaba vacía.

De allí se encaminó hacia la cabina de Laura, vacilando antes de llamar a su puerta. Le pareció demasiado atrevido llamar. Las cabinas solían ser respetadas como una especie de santuario particular donde los miembros de la expedición se refugiaban a descansar o para estar solos en las continuas crisis que les asediaban

en tan prolongado viaje.

Pero Hermann pensó que Laura debía estar con Euipe. Y por este motivo llamó a la puerta con los nudillos.

Nadie le contestó.

—Laura, ¿estás ahí? —preguntó, en voz alta.

La propia cabina de Hermann no estaba situada lejos. Después de vacilar unos instantes, se dirigió a ella y efectuó una llamada por el interfonovisor. ¡Y nadie le respondió en la cabina de Laura!

Preocupado, pensó en buscar a Joel Chatham y decirle que Laura y la nativa habían desaparecido. Pero se le ocurrió que Laura podía estar durmiendo en su litera, ajena por completo a lo que sucedía. Estaba enterado de que la etnólogo llevaba muchas horas sin dormir, trabajando en el estudio de los habitantes de «Uno».

—Es mejor dejarla descansar. Volveré a ver a Chatham a ver si me necesita para algo.

Salió al pasillo… ¡Y vio cerrarse bruscamente la puerta de la cabina correspondiente a Laura!

Ya, sin vacilar, se acercó a ella, llamando reiteradamente sobre el mamparo metálico.

Antes de que pudiera reaccionar, la puerta se abrió bruscamente y un hombre a quien no pudo ver el rostro, por estar la luz interior apagada, le golpeó en la mandíbula, con fuerza inusitada.

Hermann retrocedió, aturdido, pegando con la espalda con el mamparo opuesto y quedando momentáneamente dolorido. Sólo fue un instante, por fortuna. Dos hombres surgieron ante él. Uno empuñaba una pistola paralizante.

Reaccionó cuando vio alzarse el arma hacia él, ladeándose y saltando. Encontró un estómago, en el que incrustó la cabeza. Oyó un jadeo ahogado y ambos penetraron dentro de la estancia a oscuras, rodando por el suelo.

El otro se escabulló, corriendo por el pasillo.

Hermann comprendió que algo estaba ocurriendo, porque de lo contrario no le habrían atacado de aquel modo. Él no era un alfeñique, ni mucho menos. Y sabía defenderse. Ahora atacó, golpeando en la oscuridad, utilizando pies y manos, hasta aferrar a su adversario por la garganta.

El otro chilló, incapaz de defenderse de su agresividad, y Hermann le golpeó la cabeza contra el suelo, hasta aflojarse la

presión que sentía en sus manos, comprendiendo que ya tenía a su enemigo casi vencido.

Entonces, de un salto, se levantó y encendió la luz.

Talbot, en el suelo, se estaba frotando el cuello, blanco como la cera, sudoroso y aturdido.

A escasa distancia, con el buzo abierto, desgarradas las ropas, estaba Euipe... ¡Y sobre la litera yacía Laura, revuelto el cabello, pero con el buzo intacto!

Hermann comprendió y el horror se apoderó de él.

De un salto, cayó sobre el aturdido Talbot, sujetándole, a la vez que le preguntaba:

—¿Qué ha ocurrido aquí?

—¡Déjeme! ¡Esto no es cosa mía!

—¿No, canalla? ¿Las habéis insensibilizado?

—Fue cosa de Marcel Le Broque, el astrónomo — acusó Talbot, acobardado.

—¿Ha sido él quien ha huido?

—Sí... Al oír llamar a la puerta, se asustó y...

—¡Perro! — gritó en aquel instante, la voz de Laura, que acababa de recobrar el uso de la palabra—. ¡Malditos, miserables, inmundos gusanos!

Laura se levantó y saltó sobre Talbot, empezando a golpearle con ambas manos, mientras sus pies le pegaban con una furia inusitada. Había tanto furor en Laura que Hermann tuvo que sujetarla, apartando a Talbot.

—¡Basta, Laura! ¿Qué ha pasado?

—¡Esta hiena y Le Broque! ¡Pero le mataré!

—No, de eso me encargaré yo. ¡Le encontraré y donde esté le haré...! ¡El muy canalla!

También Euipe se levantó, sin decir una palabra. Talbot la estaba mirando, con ojos encendidos de deseo, recostada la espalda contra el muro.

Luego, sujetando a Talbot, Hermann salió de la cabina, mientras Laura intentaba en vano hacer algo por Euipe, la cual rechazó toda ayuda, con un desprecio infinito.

Hermann llevó a Talbot al puente, donde acababa de llegar Joel Chatham.

—¿Qué ocurre? —preguntó el segundo, sorprendido, mirando a

Talbot y al geólogo, alternativamente.

En breves palabras, Hermann explicó lo sucedido. Y la primera reacción de Joel fue lanzar su puño contra el rostro del conservador mecánico, haciéndole caer con su demoledora fuerza.

—¡Miserable reptil! ¡Esto te costará caro!

—¡Hay que encontrar a Le Broque!

—¡Pero si estaba efectuando mediciones astronómicas!... Ya entiendo. Tenía que venir a buscar algunos aparatos. ¡Debieron ser ellos los que prendieron fuego en la cabina de maquinaria de reserva, para distraer nuestra atención, mientras ellos cometían su acto deshonesto...! ¡Walter los matará a los dos, estoy seguro!

Próximo al puente había una pequeña cámara, donde se albergaba un computador de gran precisión. Era un lugar cerrado por fuera, y sólo los oficiales de navegación tenían la llave. Por eso eligió Joel aquella estancia para encerrar a Talbot, diciéndole:

—No toques nada de aquí. Te sacaremos cuando regrese el Comandante.

—Yo no he hecho nada — gimoteó el infeliz —. Fue cosa de Le Broque. Él me incitó...

—Ya hablarás luego. Ahora, adentro.

Una vez encerrado Talbot, Hermann y Joel abandonaron el puente, para buscar a Le Broque. Entonces supieron que el cobarde acababa de salir de la astronave, en uno de los discos volantes.

Sin perder un instante, Hermann subió a otro aparato, dispuesto a salir, pero en aquel mismo instante Joel recibió una llamada de W. B., quien le dijo:

—Regresamos a bordo, Joel. Haz que todos vuelvan a la nave, incluso Marcel Le Broque. Los nativos son muy recelosos y se muestran excitados.

—Ha ocurrido un incidente, Walter — respondió Joel.

—¿De qué se trata? — preguntó la voz de W. B. por la radio.

—Prefiero más decírtelo personalmente... Es un caso grave, en el que está implicado Le Broque, según parece.

—Voy inmediatamente para allá... ¡Ah, y el viejo y la muchacha han de ser devueltos con los suyos!

—Precisamente se trata de eso, Walter —informó Joel—. La muchacha ha sido...

—¿Qué?

—Ven, Walter — habló Joel, con la voz torpe —. Tú mismo podrás verlo todo.

* * *

Llegaron las dos pequeñas naves voladoras y descendieron los cuatro individuos. Kenor venía con ellos para llevarse a su mujer, y se mantuvo erguido y silencioso, mientras Joel informaba a W. B. de lo ocurrido, dentro de una cabina de cristales que había al extremo del hangar.

La furia de W. B. al conocer la noticia fue descomunal.

—¡Id a buscar a Le Broque y traédmelo atado de pies y manos! ¡Juro por todo lo imaginable que ese canalla va a pagarlo muy caro!

Se dieron las órdenes para que salieran cinco discos volantes, con diez hombres armados, y se avisó a la colina donde había estado Le Broque efectuando sus mediciones astronómicas, pero les contestaron que Le Broque y Talbot aún no habían vuelto.

—¡Buscadle por todas partes y traédmelo! — rugió W. B. a los hombres elegidos para buscar al astrónomo —. Pero tened cuidado de no molestar a los nativos.

Luego, W. B. se volvió a donde estaban Wehrner, Morano y Kenor.

—Dile a este muchacho que el viejo ha muerto.

Ahora le devolveremos a su compañera y podrá regresar a su morada... También ruégale que advierta al «Ave» de la búsqueda de uno de nuestros hombres, que ha cometido un delito y debemos castigarle... Hermann, por favor, ve a buscar a la nativa.

—Sí, voy inmediatamente... Pero me temo que eso nos traerá complicaciones.

Hermann se alejó, para cumplir el encargo, mientras Hans Wehrner hacía comprender a Kenor que las cinco naves y los diez hombres que se disponían a salir sólo pretendían buscar a uno de sus compañeros que se había perdido.

Kenor, muy grave, asintió. Sin embargo, su ceño se frunció, nublándose su semblante al saber que Eboro había muerto.

Su único comentario fue:

—Al «Ave» no le gustará esa noticia.

—¿Por qué? —preguntó Wehrner.

—Después de lo ocurrido, interpretará que vosotros le habéis matado.

—¡No, tienes que decirle que ha muerto aquí, como podía haber muerto fuera!

—Sí, lo diré, pero nadie me creerá.

Y por si las complicaciones fuesen pocas, llegaron Hermann, Laura y Euipe. Ésta al ver a Kenor, bajó la cabeza, sin mirarle.

—¿Qué te ha ocurrido? — le preguntó él —. ¿No te alegra el volverme a ver?

—Ya no soy tuya, Kenor... No lo seré nunca, ni mi hijo será tuyo.

—¿Qué estás diciendo?

—Ellos han abusado de mí, Kenor. ¡Me han inmovilizado y...!

Kenor miró a los hombres que le rodeaban. En su expresión de aturdimiento se notaba el terror, el odio, la amargura y la desilusión.

—Diles que son dioses malignos —dijo a Wehrner, quien no sabía de qué iba todo aquello —. Diles que les maldeciré siempre y que rogaré a «Ato» que os destruya.

—¡No es culpa nuestra! —gritó Laura—. Ella te lo puede decir. Ha sido un miserable canalla al que se castigará como se merece.

—Dejadnos ir y devolvednos a Eboro.

—Sí — asintió W. B. —. Es mejor que se marchen.

IX

¡La situación se había convertido en extremadamente delicada e insegura, y no porque los «aeraos » pudieran atacar la astronave y causarle ningún daño, sino porque en la conciencia de todos estaba que por culpa de dos de ellos, las negociaciones para salvar una parte de aquella raza sentenciada se habían malogrado!

Kenor, Euipe y dos hombres salieron en sendas naves, llevando consigo el cuerpo sin vida de Eboro.

Los dos hombres y las naves volvieron a los pocos minutos. Pero las cinco unidades que buscaban a Marcel Le Broque informaban constantemente a W. B. de no encontrar ningún rastro del desaparecido, que, naturalmente, no había regresado a la colina donde estaba efectuando las mediciones.

En el puente, Walter Beladon hablaba con algunos de sus compañeros de expedición, después de haber interrogado a Talbot. Entre ellos estaba Laura Alien, la cual había dicho, mirando especialmente a Hermann.

—No hizo más que besarme, el muy sádico. Hubiese podido hacer de mí lo que quisiera, porque me tenía inmovilizada. Pero no me desnudó siquiera.

—Es cierto — dijo Hermann.

—Pero no se trata de lo que hayan hecho esos hombres, sino de lo que se proponían hacer — añadió W. B. —. Y eso les costará a ambos algunos años de encierro... ¡Aparte de la paliza que daré a Le Broque en cuanto le eche la mano encima!

»Además, apuesto que él tuvo algo que ver con la muerte de Henri Priss, y también lo averiguaré. Desde el principio, presentí que el accidente pudo ser provocado con el objeto de ocupar el puesto de su jefe.

—Si eso es cierto, ¡se trata, pues, de un asesinato!

—Si se demuestra, Marcel Le Broque será desintegrado —terminó W. B.

Cuando salieron del puente, Laura Alien se acercó a Hermann y le dijo, a solas:

—Gracias por tu ayuda. De no haber llegado tan oportunamente...

Él no respondió, apartando la mirada.

—¿Crees que he mentido? —preguntó ella.

—No, te creo, Laura.

—¡Te juro que no me hizo nada, excepto besarme!

—Esa muchacha estaba en el suelo, con las ropas rotas...

—Sí. Talbot fue más impetuoso y salvaje... ¡Pobre Euipe!... Me había dicho que ella y Kenor no habían consumado su boda.

—No quiero pensar en eso, pero Talbot merece la muerte.

—¡Deja que encontremos a Le Broque!

* * *

Marcel Le Broque comprendió que había llegado demasiado lejos, y al verse descubierto, sólo pensó en escapar. No tuvo mucha dificultad en llegar al hangar y subir al disco volante que le había llevado hasta allí. En contados minutos estaba saliendo, sin impedimento de ninguna clase.

Pero no regresó a la colina donde estaban los guardas, custodiando sus aparatos de medición astronómica. Pensó que Hermann Gersten daría la alarma y le detendrían.

Tampoco quiso dirigirse a la selva, donde, posiblemente, no encontraría lugar propicio para refugiarse.

Tenía que huir, y para ello se había forjado un plan algo temerario. Quería estar cerca de donde estaban los «aeraes», porque necesitaba alimentos. Pensó que ellos se los proporcionarían. Luego, como no pensaba volver a la astronave, por temor a W. B., aguardaría en «Uno» hasta que se produjese el estallido final de aquel mundo. Confiaba en ponerse a salvo, lanzándose al espacio con su pequeño disco volante.

No era que el plan ofreciese muchas posibilidades. Pero regresar a la nave era tanto como ser encarcelado por W. B., juzgado después, y si se descubría que alteró la pantalla telescópica, a fin de herir a Henri Priss y poder ocupar su puesto, posiblemente sería ajusticiado.

No estaba muy contento de sí mismo. Se había dejado llevar por la pasión y todo se había estropeado por la intervención inoportuna de Hermann Gersten.

Atribulado y pensando en todas estas cosas, Le Broque fue a posar la nave cerca de una de las casas de grandes piedras, situada al extremo del poblado. Allí, gracias a la estructura de la «ibora», pudo introducir la pequeña nave en el interior, que estaba desierto, y salió de la cúpula.

En la distancia, había visto una gran muchedumbre, cerca del río. Confió que nadie le había visto ocultarse allí. Y esto fue su error.

Fueron muchos los «aeraes» que le vieron, advirtiendo a los Hermanos de la presencia de aquella nave.

Poco después, otras cinco naves voladoras surgían de la cosmonave, en busca de Le Broque, al que no pudieron ver desde el cielo, por estar protegido por el techo de la «ibora».

Pero los «aeraes» sabían dónde estaba, y esto había de tener consecuencias funestas para Le Broque, porque, mientras los cinco discos volantes buscaban en la distancia, la muchedumbre de nativos se acercó a donde el miserable estaba escondido.

Querían simplemente que se fuera y pretendían ahuyentarlo.

Le Broque, empero, se asustó y al ver venir a la muchedumbre, salió de su refugio, echando a correr hacia el río. Iba ataviado con el buzo azul únicamente y podía moverse con facilidad. Pero los «aeraes» eran rápidos, mucho más que él, y pronto le dieron alcance, sujetándole.

Más de veinte manos le agarraron. Él quiso debatirse, vociferando, y sólo consiguió caer al suelo, donde le sujetaron firmemente, para luego atarle con tiras de «sero negro».

No se proponían hacerle daño, sin embargo, pese a que el furor dominaba a los nativos. No eran propensos a la violencia, pero querían llevarle al «Ave» a fin de que él decidiera lo que debían hacer con el enviado del Más Allá que se había refugiado en una de sus «iboras».

Cuando la muchedumbre llegó a la mansión del «Ave», donde había reunido un número mayor de «aeraes», un espectáculo fúnebre tenía lugar allí.

Habían regresado Euipe y Kenor, trayendo el cuerpo de Eboro, y el «Ave» había sido sacado al exterior, sobre una gran piedra que sostenían los hermanos a hombros, para dirigir la palabra a su tribu.

El anciano «Venerable y Justo» estaba diciendo, cuando el otro grupo se acercó, trayendo a Le Broque:

—... enviados del mal, que han matado a Eboro, y mancillado a su hija. Pero nosotros no podemos hacer nada contra esos seres malignos. No debemos actuar como ellos actúan, porque es tanto como imitarles.

»Os pido paciencia y humildad, resignación, sumisión y acatamiento. Los dioses nos envían estos males, como en otros tiempos nos enviaron otros males que no pudimos evitar.

»Les dejaremos que se marchen...

Algunos gritos interrumpieron al «Ave». Un grupo se abrió paso

entre la gente, llevando a Le Broque, maniatado, al que pusieron ante el «Ave».

Euipe, que estaba cerca, llorando, al ver al causante de su desventura, saltó sobre él, agarrando una piedra del suelo e intentando machacarle la cabeza.

Kenor, empero, la sujetó, diciéndole:

—¡No lo hagas otra vez, Euipe!

—¡Déjame, Kenor; él ha destruido mi felicidad! ¡Éste es el infame malvado que nos atacó! ¡Iba con otro individuo! ¡Tengo que martirizarle como él me hizo a mí! ¡Suéltame! ¡Deja que le mate!

No pudo conseguirlo. Además de Kenor, otros hombres la sujetaron, apartándola de Le Broque, quien había visto la muerte tan de cerca que deseó encontrarse de nuevo en la astronave, aunque W.B. le encerrase en una cabina aislada.

Pero en aquel instante, sobre el grupo se cernió uno de los discos volantes que estaban buscando al evadido. Y en su interior, uno de los observadores captó lo que estaba sucediendo abajo.

La muchedumbre se agitó, inquieta, ante la presencia de la nave voladora, y el «Ave» ordenó a los Hermanos que le introdujeran de nuevo en su morada.

Por su parte, desde el disco volante, el piloto informó a W.B. por radio, diciéndole:

—Los nativos tienen apresado a Le Broque. Hay una gran multitud en torno a él, pero parece que les hemos asustado.

—Volved aquí todos. Yo iré a recuperar a Le Broque.

* * *

Con una gran majestad, Walter Beladon saltó de la pequeña nave y se acercó a la multitud. Hans Wehrner le seguía, con su grabadora.

Al verle, los «aeraes» se apartaron, como temerosos de él, y un claro quedó abierto hasta la entrada de la «ibora» del «Ave», la cual obstruían los hermanos.

—Diles que quiero hablar con el «Ave» —ordenó W.B. a Wehrner.

Traducida la demanda, Wemo entró en la morada y volvió a salir a los pocos instantes, diciendo:

—No. El «Ave» quiere que os vayáis.

Beladon no aceptaba imposiciones de nadie, sabiendo que le

asistía la razón y que obraba con justicia. Por esto avanzó hacia los hermanos "y empujó a Wemo, quien hubiese podido aplastarle la cabeza de un puñetazo, pero que no lo hizo, limitándose a retroceder ante el empuje de W.B.

De aquel modo, y mientras la gente gritaba únicamente, el mensajero de la Tierra se abrió paso hasta la gruta, en donde se encontraba el «Ave», escuchando la historia de Kenor y Euipe.

Wemo se echó al suelo diciendo:

—No he podido contenerle... ¡Discúlpame, «Ave»!

—¡Marchaos!

W.B. señaló al lugar donde estaba Le Broque, tendido en tierra, maniatado como un fardo, y gritó:

—Devolvedme a ese hombre.

Hans Wehrner tradujo las palabras de W.B., a lo que el «Ave» respondió:

—Podéis llevároslo... Es tan maligno como vosotros, pero no queremos hacerle daño. No somos nosotros los que hemos de juzgarle. Tampoco podemos maltratar a un semejante, aunque nos haya ofendido.

—¡Vosotros no, pero yo sí! —rugió W.B., yendo hacia donde yacía Le Broque y agarrándole de los brazos para ponerle en pie.

Le desató en un santiamén, primero los pies y luego el busto, y acto seguido empezó a golpearle con una saña que dejó confusos y aturdidos a todos los presentes.

Le Broque, al principio, no parecía dispuesto a defenderse, pese a ser más joven que W.B., y casi tan recio como él. Pero como el castigo era duro, blasfemó y empezó a devolver los golpes.

W.B. retrocedió entonces, acosado por el contraataque, y hasta llegó a recibir un derechazo en la boca que le partió el labio.

Euipe gritó, aterrada, creyendo que W.B. caería bajo aquel tremendo castigo. Mas no fue así. W.B. se rehízo pronto, con doble furia, y devolvió una serie de golpes impresionantes que hicieron pivotar a Le Broque.

La serie terminó con un directo al abdomen, brutal, feroz y sanguinario.

Le Broque se abrió de brazos, falto de aliento, y se desplomó como un fardo inanimado, quedando definitivamente en el suelo.

—Esto es lo que se merece la gente como tú, perro —masculló

W.B., pasándose el dorso de la mano por la boca, para luego volverse al «Ave», que le miraba con admiración en sus cansados ojos.

—Vosotros no sois dioses —dijo el «Ave».

—No lo somos —contestó Wehrner—. Somos seres humanos, más o menos como vosotros… Y si nuestro «Ave» ha castigado a ese hombre, ha sido porque estaba furioso contra él por lo que ha hecho.

—Yo también lo estoy y no le he querido hacer daño.

—Nosotros somos impulsivos, pero justos.

—Eso me hace pensar en que, posiblemente, seáis mejores de lo que yo creía. ¿Qué haréis con él?

—Será juzgado. Se le dará oportunidad de defenderse, y, si es culpable ante nosotros, se le castigará.

—¿Con el destierro?

—Tenemos muchos modos de castigar. El hombre ama la libertad, y al que delinque se le encierra o se le envía a trabajar en provecho de los otros. Pero, si en su delito ha habido una muerte, se le mata.

El «Ave» se quedó pensativo unos instantes, para luego decir:

—Me gustaría ver cómo juzgáis a ese hombre… ¿Puedo yo visitar vuestra «ibora alta»?

—Sí, naturalmente —contestó Wehrner—. Se lo diré a mi «Ave».

* * *

Walter Beladon era el jefe absoluto de la expedición, con poder sobre vidas y bienes. Su decisión era inapelable, pero de sus actos sólo en la Tierra podía dar cuenta.

Él era quien presidía la mesa que juzgó a Talbot y Le Broque. Había un jurado, una acusación y una defensa. Y también había un extraño público en la audiencia, compuesto por el «Ave» de «Aera», con algunos de sus Hermanos, y parte de la tripulación y el personal técnico de la astronave.

El juicio fue breve. No duró más de media hora.

Primero habló el acusador, un jurista llamado Druyoa, quien expuso los hechos y los delitos cometidos por los dos hombres. Los testigos fueron Laura Alien y Euipe, la cual fue traducida por

Wehrner.

El defensor se limitó a pedir clemencia para sus defendidos, alegando los muchos meses que sus patrocinados llevaban por el universo, obsesionados por el deseo libidinoso que les indujo al delito, y terminó diciendo que el Presidente tuviese piedad de ellos.

W.B. tuvo que decidir al fin. Y su veredicto fue riguroso. Se puso en pie y preguntó al jurado:

—¿Estiman que los acusados son culpables o inocentes?

—Culpables — contestó el doctor Morana, que presidía el jurado.

Hubo un breve silencio, sólo interrumpido por Hans Wehrner, traduciendo al «Ave» las palabras que se pronunciaban allí, y luego W.B. declaró:

—En consecuencia, y a tenor de las facultades que me confiere mi cargo, como Magistrado y Jefe de esta expedición, condeno a los acusados a la pena máxima... ¡Serán ejecutados junto al río, dentro de media hora!

Le Broque y Talbot protestaron ruidosamente, gritando y vociferando, pero a un gesto de W.B., inflexible detrás de su mesa, los guardias armados se los llevaron.

Al deshacerse el tribunal, el «Ave» pidió hablar con W.B., y fue conducido al puente. El anciano, siempre rodeado de sus cuatro Hermanos, miraba todo con curiosidad, pasmado de las cosas que veía.

Wehrner fue el encargado de exponer a W.B. el deseo del «Ave».

—Este hombre encuentra que nuestra sentencia es severa, Walter.

—Yo también la encuentro severa, pero dile que lo he hecho por él, para desagraviarle.

Después de dialogar un poco con el «Ave», Wehrner volvió a decir:

—Te ruega que los perdones y te hace la proposición siguiente. Desea que Talbot se quede aquí, con ellos, por si Euipe tiene algún hijo. Estima que su padre es quien debe enseñarle a vivir... El matrimonio de Kenor y Euipe queda anulado. Dice, además, que Le Broque debería ser castigado a trabajar para nosotros.

»Y dice, además, que a cambio de esto, él está dispuesto a concedernos el que una veintena de niños nos acompañen a la Tierra en nuestro viaje.

»No cree que «Aera» sea destruido, pero no tiene medios para

saberlo. Y dado que nosotros sí los tenemos, nos pide que, si este mundo no se destruye, les devolvamos a los niños dentro de algún tiempo, ya que tenemos medios para viajar por el cielo y ellos no los tienen para ir a buscarlos.

»Y ha terminado diciendo que le gustaría poseer una de nuestras sillas, porque es viejo y se siente muy cansado.

W.B., al escuchar aquella traducción de las más sabias palabras que oyera en su vida, de nativo primitivo alguno, sintió una emoción muy grande y se acercó al anciano «Ave», dándole un abrazo y musitando:

—No me gustaría que vuestro mundo desapareciera. Sois una raza admirable y justa, que, mezclada con la nuestra, redundaría en beneficio de todos… ¡Y ruego a mi Dios que haga el milagro de perdonar este mundo, como yo perdono a esos hombres que han delinquido!

»Tendrás tu silla, noble anciano, y una caja de música para deleitarte en tus largas horas de ocio… ¡Y si llega el momento del fin, piensa, al menos, que esos niños y niñas que nos dejáis continuarán vuestra raza en un mundo algo más civilizado que el vuestro, pero mucho más atrasado en cuanto a valor moral.

»Pero no se perderá esta lección, porque tus palabras serán escuchadas por millones de seres humanos que están pendientes de nuestro regreso.

Todo aquello se cumplió. W.B. era un hombre de palabra.

Talbot fue enviado con Euipe, la cual le aceptó con sumisión. Kenor, por su parte, se despidió de Euipe cordialmente y fue nombrado jefe de la expedición de niños de ambos sexos que viajaría con los terrestres.

Marcel Le Broque habría de ser condenado a perpetuidad, porque se descubrió su participación en la muerte de Henri Priss.

En cuanto a Laura Alien…

¡Algunos días después, en la nave, surcando el cosmos hacia el fin de su viaje, contrajo matrimonio con Hermann Gersten!

* * *

El sistema binario 12.457 CGTM estalló, algunas semanas después, en una flagrante llamarada azul, cuando «Ota» desequilibró

la órbita de «Ato». Primero, en «Aera» se produjo un seísmo, luego el «Imo» se salió de cauce, y después todo el planeta se fragmentó, saliendo despedidas sus partes en todas direcciones, hasta perderse en los confines del universo.

La predicción se había cumplido.

¡Los «aeraes» eran una raza destinada al fin inevitable de los mundos! Vivieron sin progreso, pero con sabiduría... Y sus descendientes inyectaron savia nueva entre los terrícolas... Y Kenor habría de ser feliz con una mujer a la que conoció en la Tierra... ¡Su destino fue digno y loable!

